

REVISTA GRAFICA

An artistic, painterly illustration of a woman's face and upper body. She has a pale complexion, large green eyes, and a slight smile. Her hair is dark and voluminous, adorned with a large blue jewel on the left side. She wears a large, ornate earring. Her costume features a dark blue garment with green circular patterns and a white collar. The background is dark and textured.

CARNAVAL



En París, por decirlo así, el carnaval ha desaparecido de la calle, y aunque la gente se apretuja en los Grandes Bulevares, son rarísimas las máscaras que se ven, y sobre todo disfrazadas con buen gusto. Pero, en cambio, los bailes de sociedad no faltan, y desde fines de enero la gente prepara sus trajes y ordena sus invitaciones, tratando de encontrarse en todos lados, porque así lo impone la costumbre.

≡ ¿ME ≡ CONOCES?

No, no te quites la careta; deja en su sitio, linda mascarita, el antifaz, que más que verte quiero adivinarte. Quiero conservar en el fondo de mis recuerdos una imagen fantástica que, seguramente, será más bella que tú.

El sedoso antifaz de terciopelo aumenta el brillo de tus ojos negros y les da un mirar enigmático y profundo. Parecen

una interrogación imperativa cuando no los velan esas largas pestañas que, de vez en cuando, tamizan los effluvios que brotan de tus pupilas.

No quiero conocerte, no. Prefiero esa careta que cubre los encantos de tu rostro, á esa otra máscara que llevas, sin duda, puesta en el eterno Carnaval de la vida.



En Niza, al contrario de lo que sucede en París, las fiestas no cesan, y la gente acecha la menor ocasión para lanzarse á la calle y mostrar el desbordamiento de una alegría que, sin duda, debe á la benignidad del clima y al panorama encantador de sus colinas cubiertas de flores.

Ahora, seguramente eres sincera. Te adivino detrás de la seda que te cubre, dejando hablar á tu alma, quizá por la primera vez de tu vida. El antifaz te garantiza el secreto de la expresión del rostro; pero, si te lo quitas, el disímulo y la coquetería te pondrán otro más espeso. Ahora leo en tu espíritu, como en un libro abierto; tu alma se asoma, descuidada, por las ventanas de tus ojos; ¿ocurriría lo mismo luego?

No, seguramente no. Hasta el vibrante timbre de tu voz que halaga mis oídos, resonaría de otra manera. La franca cargada que se desgrana en el aire como una cascada de notas musicales, quedaría reducida á una sonrisa, y detrás de tus rojos labios, por donde asoma en este instante la verdad, quedaría ésta aprisio-

nada por tus menudos dientes de perlas.

No te quites, pues, el antifaz, que no estás de máscara, sino cuando no lo llevas.

¿Te afliges? Haces mal; no eres la única. En mi ya larga vida, tal vez no haya conocido tres personas que no estén en tu caso. ¡Cuánto rencor se esconde tras de cada sonrisa y cuánta doblez se encierra en un apretón de manos!

Guarda la máscara. Si al quitártela querías deslumbrarme con tu belleza, puede tu amor propio estar tranquilo. La que yo te concedo es más pura de líneas y más dulce de expresión. Te atribuyo las perfecciones de las estatuas labradas por las manos de Fidias y las tintas delicadas y frescas que puso en sus Venus el Ticiano. Tienes ya en mi cerebro un

retrato, al que sin duda quisieras parecerle, de poder contemplarlo, y por si algo te fallase, te supongo un alma aún mucho más hermosa que tu rostro.

¿Estás satisfecha?

Conserva puesta la careta. Así serás la máscara ideal y eterna, el tipo sintético de todas las máscaras. Tú serás así la que en Venecia surca los canales en negra góndola de dorada proa, seguida por otras góndolas llenas de músicos que te obsequian con dulce serenata. Serás la que en Niza va en carroza cubierta de flores, ó pasea sobre pétalos de rosa. La máscara, en fin, prototipo de todas, el símbolo del viejo Carnaval.

Mira á tu alrededor. Todos esos rostros

sin careta encubren más que tu lindo antifaz. Si tuviera el poder de quitarles la máscara, el horror y el desprecio te harían palidecer. Debajo de cada pecho late un corazón egoísta y falso, y esas sonrisas que ves son muecas.

Ese es el verdadero Carnaval. Cuando vuelvas á tu casa, tras la breve tregua que el antifaz te ha dado, mírate en el acto al espejo y verás cómo tu rostro pierde por instantes la expresión que ahora adivino en él. Es tu antigua máscara que vuelve.

Y yo, que te conozco ahora, á pesar del antifaz, pasaré á tu lado sin saber quién eres, porque tus ojos no brillarán como ahora, ni tus labios sonreirán como son-



En San Sebastián tampoco faltan máscaras, y en vez de decaer el carnaval, como en Madrid y algunas otras poblaciones, cada año que pasa parece aumentar el gusto por esta clase de festejos. Grandes y chicos cubrense el rostro con las mascarillas, y durante los días que dura el carnaval parece que todo el comercio de la población ha desaparecido para dejar sitio libre á los puestos de papetillos multicolores, que muy pronto irán á embellecer las cabelleras de las lindas muchachas que se pongan al alcance de los nuevos emisarios de la alegría.



Esta fotografía, también de San Sebastián, nos muestra las curiosas y tradicionales cabalgatas de todos los años y que la gente espera impacientemente que pase por la carrera, para ver si este año las cosas fueron preparadas con más lujo y mejor gusto que el anterior.

rien, ni tu voz vibrará franca y sonora.

Si alguna vez me encuentras en el mundo, no me conocerás tampoco. Llevaré mi máscara como los demás y pasaré á tu lado inadvertido.

Si algunos de esos estirados señorones, que en las cumbres de la riqueza ó del poder lucen su nulidad, se atrevieran como tú á preguntarme « ¿ me conoces ? », habría que responderles : Sí, te conozco. Eres un imbécil. ¡ Ah, linda mascarita ! Si cuando vuelvas á los salones de tu casa, te entretienes en estudiar la careta que luce cada uno de tus amigos, no tardarás en verles su rostro verdadero. La mascarada dura mientras están en público ; pero, á veces, la fatiga ó un incidente inopinado les hace caer el antifaz. Aprovecha el momento, que no dura, y examínalos

bien mientras ignoran que se les mira. ¡ Qué sorpresas te aguardan !...

¡ Y qué surtido tan variado ! Desde la máscara de joven atolondrado hasta la de perdonavidas y tenorio y la de anciano venerable, la colección es infinita. Recuerdo de uno con careta de sabio, al que sorprendí absorto en sus reflexiones. Inocente yo entonces, imaginé que aquel hombre estaba en aquel punto resolviendo la cuadratura del círculo, y permanecí á su lado silencioso por temor de interrumpir su trabajo mental. De pronto oíle que murmuraba : *No cabe duda, me ha sisado dos pesetas.* El buen hombre pensaba en la cuenta de su cocinera. Fíjate en los jovencitos que, sin duda, mariposean á tu alrededor tratando de encontrar el camino de tu alma.



Los que viven en un puerto de mar disfrutan doblemente en estos días del loco cascabeleo. Al espectáculo del regocijo general júntase el marco formado por una naturaleza espléndida, por el mar, que por esta época suele mostrarse bondadoso, meciendo blandamente las barcas cargadas de bellas y alegres muchachas, que con sus mantitas cubrieron de rosas la losquedad de las tablas roídas por el agua.

Bajo la máscara de una pasión sin límites, el que menos sospesa con la imaginación los doblones de tu padre, y tal vez calcula las probabilidades de que muera de apoplejia, porque tiene el cuello corto y el rostro rubicundo. Inocente polluelo habrá que se le acercará solícito, porque, en casa, sus padres le han recitado una lección que el chico se apresura á repetir...

¡Pero lloras! He sido cruel. Tienes razón. A tu edad hay que pensar de muy otra manera. La experiencia tiene las manos frías y nos hiela el corazón.

Perdona, linda mascarita. Dentro de diez años, si vivimos, tal vez vengas á contarme tus desengaños. ¡Ojalá no los tengas! Adiós.

José Muñoz Escamez





ACTUALIDADES



El gran patriota Dérondé acaba de morir. Su entierro, que en esta primera fotografía nos lo muestra cruzando por la plaza de la Concordia, ha revestido los caracteres de una manifestación pública, á la que se han asociado todos los elementos del país. — A la izquierda, el retrato de M. Dérondé, por Cheri-Rousseau.



Esta otra fotografía presenta á la multitud que acompañó el féretro hasta el cementerio, después de haber cruzado por la plaza de la Concordia y ante la estatua que representa Estrasburgo, perennemente entulada por haber pasado á ser alemana.



Grupo de invitados saliendo de felicitar el santo á S. M. el rey, que, como anteriormente se ha dicho, ha recibido muestras de la más viva simpatía por toda clase de elementos.



Se ha hablado estos días mucho del enlace del hijo del conde de Romanones con la bella señorita de Torre Arias.

En el centro del grupo, los novios: á uno y otro lado, las respectivas familias de los recién casados y los invitados á la boda.



Ha sido recibida con gran sentimiento la noticia de la muerte del Excmo. Sr. marqués de Urquijo, que por su caballerosidad y amables prendas personales contaba con muchas simpatías.

La fotografía muestra la comitiva dirigiéndose á la Catedral de la Almudena, en donde se ha inhumado el cadáver.

Con motivo del santo de S. M. el rey de España, los principales personajes han ido á Palacio para felicitar á S. M. Alfonso XIII, que ha sabido conquistarse las simpatías de todos.

Nuestra fotografía representa á los individuos de la Diputación Provincial y el Ayuntamiento, después de la recepción, al salir del Real Alcázar.



Como se sabe, recientemente ha tenido lugar una cacería regia en Malpica, ofrecida á S. M. el rey por el Sr. duque de Arión.

Esta fotografía muestra á S. M. en el momento de disponerse á disparar.

Según las noticias dadas por los diarios, trátase de una de las más brillantes cacerías celebradas des de hace tiempo.

El castillo de Malpica, propiedad del duque de Arión, es, sin duda alguna, uno de los más hermosos que existen en España, por sus dimensiones y por la severidad elegante de sus líneas. Además, se encuentra rodeado de lugares á cuales más pintorescos. En fin, trátase de una morada digna de recibir la regia visita.





Uno de los oficiales más apreciados en la marina, el almirante francés Germinet, ha fallecido. M. Clemenceau, á consecuencia de un interview en que declaró el mal estado de la marina, hizo que pasara á la reserva.

EL SANTO
DEL REY DE ESPAÑA

El general Azcárraga y el Sr. Garcia Molinas, saliendo del Senado para ir á Palacio á felicitar á S. M. el rey.

UN NUEVO
ACADÉMICO FRANCÉS

M. Boulroux, que acaba de ser recibido académico en Francia.



CATASTROFE AÉREA

El aeroplano que tripulaba el Sr. Ramos, después del accidente.

Monumento elevado en París al rey de Inglaterra Eduardo VII.



Los discursos pronunciados por el Sr. Ossorio y Gallardo han originado la protesta de los radicales, que le dispararon varios tiros á la salida del meeting en donde acababa de hablar.

En la fotografía aparece el Sr. Ossorio y Gallardo.



Excmo. Sr. don Eduardo Sanz Escartin, nuevo gobernador civil de Madrid.

Visita del ministro de Instrucción Pública á la Real Sociedad Fotográfica española, con motivo de inaugurarse una serie de conferencias.

Esta sociedad es digna de todos los elogios, por los múltiples é interesantes trabajos que ya lleva hechos. La Revista que publica es una preciosidad.



DESPUÉS DE UN ÉXITO

El Ministro de Cuba en España, Sr. Garcia Kolly, con el nuevo académico correspondiente de la Española, don Manuel S. Pichardo, y los Sres. Alberto Insúa y Hernández Catá, á quienes ha ofrecido un banquete por sus recientes triunfos literarios.



EL PROBLEMA POLÍTICO EN CATALUÑA

Los presidentes de las Diputaciones Provinciales Catalanas y el alcalde de Barcelona, en su visita al Presidente del Consejo Sr. Dato, y al Ministro de la Gobernación, para entregarles el plebiscito de Cataluña, favorable á la Mancomunidad, tan ardientemente esperada por la mayoría de los catalanes.



CURIOSIDADES



El "Club de los Cien-
to" reúne las más dis-
tinguidas personalida-
des parisienses, y tiene
por fin mantener la re-
putación que conquis-
taron los franceses de
finos "gourmets". La
última comida de esta
gente de buen humor y
mejor apetito parece ser
que fue excelente, y lo-
dos bajaron á la cocina
para obsequiar y dar la
enhorabuena á los co-
cineros.

A la izquierda, un
nuevo y curioso apa-
rato de salvamento,
en caso de naufrá-
gio.

El hijo del desventurado capitán Scott, vestido con uno
de los trajes que recomiendan los higienistas ingleses para
conservar una buena salud. Otros médicos preconizan, por
el contrario, los trajes de bastante abrigo, un término
medio sería lo más práctico.



La nieve es protagonista triunfal y amable, que cuenta con infinidad de adoradores...

SUIZA EN ESPAÑA

□ □ □

El invierno en el Guadarrama

QUE seguimos europeizándonos, lectores amigos, es una verdad consoladora. Ya empiezan a dejar de existir los Pirineos, porque hemos comenzado a dar vida a una sierra: la del Guadarrama. El venturoso descubrimiento data, como quien dice, de ayer: de 1908, fecha en que, bajo la presidencia de S. M. don Alfonso, se fundó en la Corte el *Club Alpino Español*. De entonces acá ha llovido mucho y, lo que es mejor, ha nevado más. Gracias a la nieve — que es no sólo hermosura, sino una leal amiga de la salud, — España no tiene por qué suspirar cuando de Suiza nos llegan viajeros, propios y extraños, que encarecen las bellezas de aquel país y los sanos y pintorescos deportes a que ha dado origen.

Sí, amigos; España tiene derecho a figurar entre las naciones civilizadas. ¡Tanto tiempo sin querer enterarnos, y ahora, por el esfuerzo de un grupo de «señoritos» madrileños, sabemos que teníamos montañas y valles, pinos y jarales, ventisqueros y precipicios de «verdad»; rincones ferazmente encantadores, donde

se podía hacer algo más que dejar correr a su antojo gatos y cabras monteses, lobos, ciervos, ardillas y almizcleras bajo el vuelo acompasado y dominador de los «buitres negros»...

EL GUADARRAMA DE AYER

El madrileño, tan indolente siempre, ha vivido durante años y años en un funesto error. Teniendo el Guadarrama a las puertas de la Villa y Corte, no conocía la hermosa sierra, y en lugar de visitarla y quererla, el muy fementido la calumniaba.

¡Pobre cordillera! Todas las tardes el madrileño salía del café — tan calentito como malsano. — Sorprendíale entonces una ráfaga de cierzo, escarchábasele a poco el mostacho y refunfuñaba embobándose en la «pañosa»: — «¡Anda y qué modo de olerle el aliento al Guadarrama!» — Almacén de pulmonías considerábase, y para su traje de punto repetía el popular y tremendo dicho: — «Ese airecillo serrano, tan sutil, que mata a un hombre y no apaga un candil...»

Así, entre sábanas se metía malhumorado y receloso, temiendo encontrarse, entre toses y carraspeos, con una mortaja corlada y remitida desde aquel paraje lejano cubierto de nieve, á la que— ¡oh, casualidad! — hasta los señores poetas llaman sudario...

Aunque capease el invierno tal cual, soslayando un resfriadillo insignificante, nuestro contumaz no cejaba en su aborrecimiento, ó, cuando menos, en su desdén á la sierra. Reía, alentador y propicio el sol en el amplio paseo de Rosales, y desde tan hermoso «belvedere» el madrileño oteaba el magnífico paisaje que, como curiosamente dice Zayas.

pintó el pintor mismo que pintó las meninas

Pero, siempre á respetuosa distancia, considerando el largo y hermoso encadenamiento de montañas como si fuese una inofensiva decoración de teatro. ¿Ir él hasta allá? ¡Lagarto, lagarto!... Temeridad era que dejaba á cargo de automovilistas ó de cazadores, gente toda ella *snoob*, mal avenida con su salud, que no sabiendo cómo emplear sus ocios y sus dineros, ya que no tenía por qué correr tras la fortuna, se pirraba por volar en persecución de una liebre ó de una carretera... Y el vecino de la muy heroica villa, convencido de la prudencia del refrán que dice: «hasta el cuarenta de mayo no te quites el sayo», y muy satisfecho con que el Guadarrama dé buenas ovejas y excelente leche — ¡oh cantarillos de las Navas! — seguía mirando con incurable recelo á la sierra, cuyas crestas y picachos, encaperuzados de nieve, se recordaban solitarias en el aire rosa y azul del crepúsculo.

EL ESCENARIO Y EL PROTAGONISTA

Decíamos que esto era antaño. Afortunadamente, la prevención pasó. El miedo — en esas mutaciones del alma cortesana, orientada hacia la belleza de los renovamientos — hasé trocado en fervor.

Donde antes había un pinar grave y hermoso, refugio del silencio, de las aves y aun de malhechores, actualmente se desgrana la greguería de las excursiones domingueras. El prodigio se ha operado; y lo mismo que en un cuento de hadas, el dragón, esto es, la pulmonía, el lobo, la soledad hostil, no existe ya. Hoy la princesita Nieve sonríe á los madrileños más gentilmente que nunca.

No hablaremos de las recientes nevadas que cayeron en la Corte, abriendo como una tregua trágica de silencio y de muerte. Hasta ahora el invierno muéstrase cruel, sañudo como pocos. Los lobos bajan del monte; sus aullidos resuenan lúgubres en el extraño mutismo del paisaje blanco. Por el Retiro, por el Parque del Oeste, por los jardines, el espectáculo se dulcificó, y los escultores improvisados y los deportistas de ocasión jugaron con la nieve — tan dominadora, cual si la dominasen.

Pero, alejándose de la capital, encaminándose á la sierra, allí el espectáculo cambia de modo radical. La nieve es protagonista triunfal y amable que cuenta con infinidad de adoradores. ¿Y el escenario? ¡Oh, abetos majestuosos, pinos «buenos mozos», copetes irisados, faldas aterciopeladas de blanco, rampas suavísimas, alfombras resplandecientes de pulcritud, ventisqueros inmensamente plácidos, cimas de plata... Todo es juego de la luz, reiteración de que en los sitios altos vivir puede ser un gozo. La gente que por aquellos parajes se congrega les da bullicio y hospitalidad de salón. La nieve «parece otra»...

Ya que la actualidad lo pide, hablemos del deportista. Para él debe ser toda la nieve; medio Guadarrama, por lo menos, le pertenece. El le ha hecho asequible, descubriéndole, y en cierto modo, repetimos, le ha dado vida. Hoy la montaña, en Madrid, es la protagonista de un invierno y de un verano. Desde lo alto del paseo de Rosales el madrileño catarrroso, ilusionado, encarecedor sistemático de lo ajeno, ó simplemente curioso, puede ver allá lejos, con luminarias de apoteosis, cómo en Castilla va insinuándose toda una Suiza...

EL GUADARRAMA DE HOY

La moda — elemento tan indispensable ¡válganos Dios! en toda tentativa romántica — ha coronado los esfuerzos generosos y tenaces del Club Alpino.

Desde mediados de enero hasta fines de mayo, la sierra del Guadarrama es amplio y delicioso punto de cita de elegantes muchachas, estudiantes, *sportsmen* y curiosos á quienes seducen, por lo menos con idéntica fuerza, las gala del paisaje y las pintorescas *toilettes* de las deportistas.



La nieve refulge por todas partes : los pinos, que parecen candelabros de plata, conservan su esbellez, su majestad: la noche cierra...



Todo, durante el concurso, adquiere un carácter simpático: en los aleros, en los prados, los árboles, con la blanca pesadumbre de la nieve, parecen que ascienden ó se deslizan.

¡Dios mío, qué caras tan de rosa y de risa, tan saludables y tan irradiadoras de salud se ven estos domingos de invierno, en la sierra!... Capotones que caen con eurytμία de peplos, *jerseys* blancos que se ciñen estatuarios á bustos de madrileños y segovianas lindísimas; gorritos como cascos que apisonan crenchas de ébano ó de oro; risas que retiemblan, cristalinas... y todo ello volando sobre los *skis*, que son cisnes, góndolas, flechas, rimas, mecedoras de columpio, raudas y graciosas espirales de *lobbogan*; algo, en suma que huye, que vuela, que acaricia, que «compone» maravillosamente, que á la embelesada imaginación embaúca, porque estas mujercitas parece que sólo nacieron para patinar, si Dios no les hubiera dado el ritmo y gentileza de sus piecitos cuando los días de verano, en que á la nieve azulada de la sierra suple la arena dorada de la playa...

Todos los domingos, en los andenes de

la estación del Norte, fórmanse la pintoresca y bulliciosa caravana. Casi toda ella compuesta está de gente distinguidísima, de socios del Club; sin embargo, cada ocho días la asamblea aumenta, lo cual es añadir cascabeles al tirso que la juventud blande.

Allí, mientras la poderosa locomotora gime, deseosa de arrancar, confúndense atavíos alpinos y caritas sonrosadas perfectamente españolas; allí triunfan esas indumentarias inacostumbradas, un poco carnavalescas y un poco teatrales, que imponen al prosaico vestir ciudadano las tradiciones, las instituciones y los deportes. Naturalmente, entre los altos bastones y las botazas ferradas, entre las amplias capas y las piernas ceñidas con polainas ó *bandes molletières*, ondea, pizpireta y despreocupada, la plumita que hemos visto al señor Tartarin en el *Pilatos* ó en la *Jongfran*, en las altitudes purísimas de los Alpes...

Y en el tren ó en automóvil parte la

caravana, no cual si fuese á plantar en otro Polo Norte el pabellón de un Estado, sino á conquistar, simplemente, la salud. Porque hemos quedado que la pulmonía no se atrapa en la sierra, sino en la puerta del Sol, al pie de la misma bola del Ministerio. La sierra pide gente arriesgada, sin prejuicios, sin amores funestos á la «salamandra» ó á la estufa; gente joven, intrépida, resuelta, si preciso fuere, á quemar las naves en pleno puerto de... Navacerrada.

Este es el punto donde la sociedad de deportes celebra sus concursos de skis, de figuras de nieve, de patines, de saltos, de *hogs-legs*.

El chalet-refugio del Club (el central, porque diseminados existen varios más) hállase en un rincón agreste llamado el Ventorrillo, cerca del kilómetro 17 de la carretera de Villalba á la Granja.

Son cerca de las diez de la mañana. Mientras se realizan los últimos prepara-

tivos, los espectadores ocupan, con lentitud calculada de guerrilleros, las posiciones que juzgan estratégicamente las mejores. Los allos de las Guarramillas, Siete Picos, los Ventisqueros, la Pradera de la Vaque-riza, donde, inflexible y solemne actúa el Jurado... Destácanse las banderolas que marcan el camino que han de seguir los concursantes; transcurren unos minutos de sabrosa impaciencia...

De pronto suena un estampido, sin majestad, ahogado por la nieve. El concurso ha comenzado.

Subiendo, bajando, entre las banderitas amarillas y rojas que marcan la pista, comienzan á desfilan los corredores de skis; la rapidez se confabula felizmente con la elegancia; registranse virajes estupendos y con frecuencia caídas como los virajes.

Es un momento de belleza amable. Las mujeres, que patinan á la manera de Mercurios, con alas en los pies, ó cual veleidosas Fortunas, y los mozos, con los brazos



Los sitios pintorescos no fallan en la sierra, y en un lugar así deben pasarse momentos de paz virgiliana.



Desde mediados de enero hasta fines de mayo, la sierra del Guadarrama es amplio y delicioso punto de cita.

extendidos, buscando el equilibrio, rien, se alientan, suben, giran, bajan y dan al paraje, feraz y magnífico, un aspecto de insoñada seducción.

Todo, durante el concurso, adquiere un carácter simpático: en las laderas, en los oteros, en los prados, los árboles, endomingados con la blanca pesadumbre de la nieve, parece que ascienden ó se deslizan gráciles, suaves y aristocráticos; y en sus remotos aledaños, la sierra, estremecida de gozo, diríase que ríe con risa fresca y musical de mujer.

Los incidentes del campeonato se siguen con preferencia en la pradera de la Vagueriza, rincón verdaderamente digno de la «auténtica» Lucerna.

OTROS PORMENORES

El año pasado fue el campeón de carreras en *skis* don José María Rotaache, quien invirtió 23 minutos 50 segundos en salvar el recorrido, unos seis kilómetros. En la carrera infantil quedó vencedor José Madinaveitia, y el corredor más pequeño que tomó parte en este concurso fue Gabrielito

Gancedo, hecho todo un hombre con sus ocho años de edad.

Doce señoritas, guapas y resueltas todas ellas, se disputaron los premios concedidos para carreras de *skis* por don Diego Quiroga y Losada. Vencieron las señoritas Rosalia Maycas, Natalia Cosío y mademoiselle de Caux.

Otros concursos se celebraron con la misma brillantez, y este año se reñirán nuevos campeonatos si la nieve sigue, como hasta ahora, arreciando.

El alpinismo se ha aclimatado entre nosotros con celeridad y eficacia. Peñalara es un sitio ideal, pródigo en bellezas y emociones para el aficionado. En este sentido tampoco tenemos por qué envidiar lacrimosamente al extranjero. Peñalara, con el famoso monasterio del Paular y la laguna, está á una altura, sobre el nivel medio del Cantábrico, de 2.406 metros. Y en toda la sierra hay cumbres no menos magníficas: la *Peñota* (1.909); la *Peña del Diezmo* (1.715); *Siete Picos* (2.203); la *Maliciosa* (2.223), etc.

El *Club Alpino Español*, fundado á fuerza

de tenacidad, entusiasmo é inteligencia por don Manuel de Amezua — fué el primero que holló con su *skis* las virgenes blancuras del Guadarrama, — persigue no sólo una obra de esparcimiento y deleite, sino de salud, de mejoramiento de la raza.

Según reza la Memoria, editada artística

Memoria, que ya existen sociedades análogas en Cataluña, Granada, Asturias, Gredos-Tormes, Hoyos del Espino (Avila) y Béjar.

El mismo *Club Alpino Español* ha realizado, en los Picos de Europa, Sierra Morena, Sierra Nevada y Sierra de Gredos, excursiones coronadas con el mayor éxito.



Uno de los belvederes de la Sierra, en donde los alpinistas se detienen para tomar aliento.

y lujosamente por el citado *Club*, la labor de éste, «aunque su centro principal está en la sierra de Guadarrama, también se dirige á reconocer los demás parajes montañosos de la península, pues su deseo es el poder llegar á conseguir, además de los refugios con que ya cuenta en el puerto de Navacerrada, que se formen otras sociedades semejantes, dependientes ó no del *Club Alpino Español*, que fomenten el turismo y los deportes de invierno en sus respectivas regiones, y de esta manera llegaremos á conocer palmo á palmo nuestras montañas».

Los señores Amezua y Prast, que tanto han trabajado y trabajan en pro de los aludidos deportes — ¿por qué no decir en pro de España? — añaden en la aludida

Todavía falta mucho terreno por recorrer. Sin embargo, ¿no merece alabanzas el hecho de que unos millares de madrileños hayan destruido el prejuicio de que el Guadarrama era una fábrica de pulmonías, sucursal de la muerte? En el aire balsámico de sus pinares todavía resueñan los himnos de gracias de los tuberculosos y convalecientes, á quienes el buen doctor Rubio «descubrió» ese sanatorio, esa fábrica de salud que tenemos á una hora de la Villa y Corte.

E. RAMÍREZ ÁNGEL

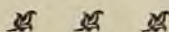
A la exquisita amabilidad del artista fotógrafo don Antonio Prast debemos las magníficas pruebas que avaloran la presente información.

Interview con el Comandante Evans

DEL POLO SUR

A

Revista Gráfica



Sin rubor confieso que me engañé al juzgar á Mr. Evans por su retrato. Cuando hube franqueado la puerta de su cuarto, en el Hotel Continental, en vez de un inglés de teatro, líeso como una momia, di con un andaluz de Londres, efusivo, cordial y simpático.

— Ya sé que viene usted para acompañarme á REVISTA GRÁFICA. Voy á darme prisa, porque hoy almuerzo con Charcot y no quiero hacerle esperar.

En 'un dos por tres hizo su tocado, y á pesar del frío vino á cuerpo con sus compañeros, y como

Retrato del comandante Evans tomado en «Revista Gráfica» por el conocido fotógrafo Cheri Rousseau.





Foto. Chéri Rousseau

El comandante Evans con su compañeros.

yo me permitiese hacerle una observación á este respecto, me dijo riendo con toda su alma:

— ¿Cómo quiere usted que el frío nos moleste en París, cuando hemos soportado en el polo 32° bajo cero?

Aquella glacial evocación me hizo titilar.

Evans y sus tres compañeros pasaron al

salón de la REVISTA, en donde nuestro fotógrafo les aguardaba.

— ¡El retrato número tres mil!— exclamó alegremente Evans.

Con la mayor complacencia se prestó á todas las exigencias del fotógrafo, retratándose en dos ó tres actitudes, solo y en grupo con sus camaradas. Al preguntarle los nombres de éstos para colocarlos bajo

el retrato, cogió un lápiz y trazó el caprichoso croquis que publicamos.

Terminada la sesión de fotografía, bajó á nuestro despacho y allí le manifestamos nuestro vivo deseo de oír de sus labios el relato de la expedición polar.

Aquella evocación apagó el brillo de sus ojos y borró instantáneamente su sonrisa, como si el recuerdo de todas las penas sufridas en la región eternamente blanca le oprimiera de pronto el corazón. Y aquel joven vivaracho y decidor, que habíamos visto hasta entonces, se transformó en un hombre grave, maduro, en cuya frente la lucha áspera había grabado profundos surcos.

LA LLEGADA Á LA TIERRA VICTORIA.

El capitán Evans nos contó, con frase concisa, el arranque de la expedición. Fué en Tierra Victoria, al sud de Nueva Zelanda, donde catorce hombres mandados por Scott se prepararon para la peligrosa travesía. Á pesar de hallarse los expedicionarios en el punto extremo de la tierra que avanza hacia el Polo Sur, la distancia que había que franquear era de mil trescientos sesenta kilómetros sobre glaciares de difícil acceso ó á través de escarpadas montañas de hielo, en las cuales se abren abismos terribles, último valladar que el Polo ofrece á los que intentan su conquista.

Nueve meses fueron empleados en hacer los preparativos necesarios, que comenzaron en enero de 1911.

Dispuestos los trineos, los perros encargados de arrastrarlos y las provisiones, la expedición se puso en marcha.

LA RUTA DEL POLO SUR

Dividiéronse los exploradores en varios

grupos, encargados la mayor parte de ellos de ir dejando depósitos de provisiones en la ruta por la cual había de regresar el grupo encargado de llegar hasta el Polo.

Era el único medio de asegurar la retirada, vista la imposibilidad de llevar bastantes provisiones para el regreso.

Era, además, preciso aprovechar el buen tiempo relativo que ofrece el fugaz verano de aquellas regiones, y la expedición se puso en marcha, alegre y resuelta, mirando siempre hacia el Sur.

EN LA BARRERA POLAR

Al cabo de cincuenta y ocho días de marcha, llegaron los expedicionarios á la región polar. Allí tuvieron que franquear ochocientos kilómetros sobre la Gran Barrera, blanca llanura que termina al pie de montañas casi inaccesibles. Luego el glaciar de Beardmore, que se levanta imponente cerrando el paso, y que se cruza al cabo de doce días de esfuerzos casi sobrehumanos, izando los trineos á brazo para salvar las anfractuosidades que dificultaban la marcha.

Y aun esto no fué nada. La verdadera lucha comenzó á partir del glaciar de Beardmore, lucha aniquiladora en la cual á cada instante las dificultades se renovaban cada vez más terribles.

Al fin llegó la expedición al extremo de la meseta polar, y allí el doctor Atkinson y otros tres retroceden para asegurar el retorno.

Al llegar á este punto del relato, se ensombreció el rostro de Evans.

—Quedamos sólo ocho hombres — dijo — y la sensación de soledad, de abandono que sentimos en aquel instante no podría describirla. ¿Qué éramos ocho hombres en aquella inmensidad monótona de hielo? ¿Quién podría auxiliar-



El curioso dibujo hecho por el comandante Evans.

Surgeon

G. Murray. Levick

R.N.

Staff-Paymaster

Francis Drake

R.N.

Commander

Evans

Lieutenant

H.E. de P. Remick

R.N.

mos en el caso muy posible de una catástrofe

» A todo esto la temperatura bajaba de un modo aterrador.

» Continuamos el camino. Ya el 25 de

» Sin vacilar le dije que escogiera aquel de mis tres compañeros que le pareciera mejor para acompañarle, y yo me impuse el sacrificio del retorno sin haber

hollado el Polo, objeto de nuestros afanes. Al fin y al cabo era lo esencial que allí flotase el pabellón inglés, y ya se encargaba de ello mi eminente compatriota.

» La despedida fué sencilla, pero triste. Un apretón de manos, y cada cual á cumplir su deber. Scott siguió en línea recta su camino hacia el Polo y yo comencé la retirada.

» Esta fué muy penosa. Unatempestad nos asaltó en el camino. La nieve, que caía en apretados copos, nos cegaba. Á dos pasos era imposible ver, y ante la imposibilidad de marchar, nos fué preciso abrir nuestras tiendas y esperar durante tres mortales días á que se aplacase el tiempo. Se hubiera dicho que an-

dábamos sobre arena. Nuestros pies se hundían en aquella capa blanda y los trineos se atascaban de tal modo que no había medio de arrastrarlos sino á costa de esfuerzos que nos agotaban.

» Pasamos el glaciar Beardmore y cuando ya nos felicitábamos de terminar bien pronto la penosa travesía, experimento los primeros síntomas del escorbuto. Cada vez más débil, durante tres semanas, resistí al aniquilador efecto de la enfermedad; pero el 13 de febrero ya me fué imposible continuar luchando. Por tres veces la fatiga me hizo caer desplomado, y me vi muerto sin remedio á la vista de nuestros cuarteles de invierno. No había duda: en la lejanía se recortaba la imponente masa del Erebo, el gran volcán, cerca del cual nos aguardaban nuestros compañeros.

» Mas ¿cómo llegar allí? Era preciso estar fuerte y vigoroso, porque la distancia era aún considerable.

» Ordené á mis dos compañeros que me abandonasen. Ellos podrían salvarse

SUS FIRMAS

Comandante Evans

Henry Perlick

Francis Drake

Murray Leitch

diciembre habíamos perdido de vista las montañas que rodean al glaciar de Beardmore y estábamos sobre una inmensa planicie de agua congelada, monótona, desesperante, sin más guía que los instrumentos que con frecuencia había que consultar.

CERCA DEL POLO

» Por fin el 3 de enero de 1912 nos hallábamos á menos de trescientos kilómetros del Polo. La parte más difícil se ha realizado. De pronto, el comandante Scott entra en mi tienda, se sienta á mi lado y me dice:

» — Es más que probable que llegaremos al Polo; pero esta probabilidad se trocará en certeza si usted me presta uno de sus hombres para reforzar mi grupo y usted se vuelve con los dos restantes, dejándome reserva de víveres.

» — Con un hombre menos — repuse — no sé si me será posible regresar.

» — ¿No quiere usted intentarlo? — preguntó Scott con ansiedad.

de seguro. Les pedí que me dejaran algunas provisiones y que cuando llegasen me enviaran socorros, si ello era posible.

» Pero conté sin su generosidad. En vez de abandonarme, los suboficiales Crean y Laskley que me acompañaban, me ataron al trineo y así me llevaron durante cuatro interminables días. Y esto lo realizaban después de un viaje de más de dos mil kilómetros,

» El 17 de febrero nuestra situación es desesperada. Mis compañeros no pueden más, las provisiones están casi agotadas y la nieve nos ciega é impide nuestra marcha.

» Crean parte solo en busca de socorro. El puesto más próximo está á cincuenta y seis kilómetros de allí; pero al fin llega, encuentra al doctor Atkinson y un grupo viene por nosotros. Durante tres días aguardamos perdidos en aquel desierto de hielo: la llegada de nuestros compañeros

nos salvó y sin su rápido auxilio no hubiera tenido el gusto de hacerle este breve relato ».

Estrechamos afectuosamente la mano del bravo capitán.

« Lo que á Scott se refiere — añade — es sobrado conocido. Llegó al Polo el 17 de enero de 1912 y después de horribles peripecias, sucumbió de hambre y de frío á veinte kilómetros solamente de la salvación. »

La voz del capitán se hizo trémula. El recuerdo le era muy penoso.

Sonó la una en el reloj del despacho, y Evans pareció salir de un penoso ensueño.

— ¡Diantre! — exclamó — ¡Y el doctor Charcot que nos esperaba á las doce y media!

Y, levantándose apresuradamente, se despidió de nosotros.

JOSÉ MUÑOZ ESCAMEZ.



Días pasados, en honor del comandante Scott, se erigió un modestísimo monumento al desgraciado explorador; es uno de esos montones de piedra con que se indica en las tierras polares los depósitos de víveres hechos en ruta.



PUERTA DE LA CARTUJA.

LONDRES ROMÁNTICO

□ □ □

El Poema de las Puertas Viejas

ENTRE la masa horrible de las construcciones modernas, todavía quedan, dispersos por la gran ciudad, algunos vestigios del tiempo antiguo: pedazos de muralla, un melancólico jardín entre muros monacales, las jambas de un ventanal restaurado por manos impías, y, sobre todo, algunas puertas por las que os parece que en el misterio y en el silencio nocturno deben asomarse al mundo los fantasmas del pasado. Puertas con un blasonado escudo, viejas puertas rematadas en un arco conopial, puertas monumentales por donde los cortejos de triunfo desfilaron antaño, y también puertecitas humildes, escondidas en un barrio fluvial, en lo alto de una escalinata, ó tras una empalizada que en mayo se llena de rosas, ó en el fondo de un callejón que desciende hasta el río...

Ved, por ejemplo, esta puerta por donde se atisban los árboles que crecen

á la orilla del Támesis. Es todo lo que resta del palacio de aquel conde de Essex á quien el amor de la reina Isabel hizo degollar por mano del verdugo. Daba en lo antiguo acceso al caserón señorial. Por ella, envuelto en su capa, á usanza española, entró el conde tantas veces triunfante é insolente, la bella cabeza varonil erguida sobre la rizada gola. Ante ella aclamóle la plebe cuando la destrucción de la Invencible. ¡Y cuántas noches siguiéronle hasta aquí los espías de la reina celosa, mientras él, con despreocupada gentileza, traía aún en sus labios el aroma de los labios de Clara Philips, y la burla de la regia y senil pasión! Y un día salió, al fin, para la torre de Londres. Y cuando, en brazos de sus lacayos, su cuerpo volvió á entrar por esa puerta, el encaje de su gola, que el verdugo no había acertado á cortar, era como una enorme, ensangrentada, trágica flor.

Y he ahí la puerta de la antigua posada de Lincoln, hostería de pícaros y mesón de estudiantes desde el siglo XIV. Andaban por sus cercanías tahures y logreiros. Frecuentábanla espadachines y almeas. Los señores estudiantes promovían alborotos frecuentes. A veces, bajo este arco, salían precipitadamente los ballesteros de la City, perseguidos por una banda de mozalbetes con las espadas desnudas, asestándoles, al mismo tiempo, versículos latinos y estocadas. Gustaban de dejarse la barba y otros apéndices capilares, con propósito, á la vez, marcial y suntuario. Y la buena reina Isabel hizo dictar una ordenanza, prohibiéndoles usar barba de más de quince días. Abun-



UNA DE LAS PUERTAS DEL PASAJE CHEYN, DE CHELSA.

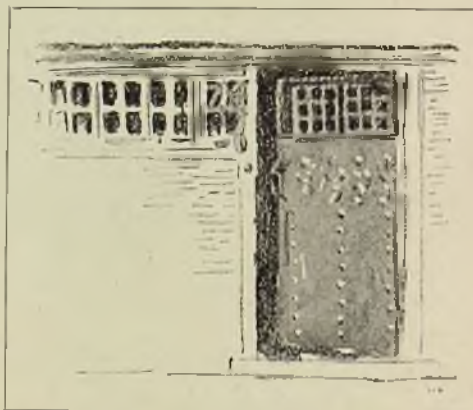
daban los cortejos carnavalescos, las faras y las comedias en su recinto. Jaime I, disfrazado, asistió más de una vez á sus fiestas. Ladrones y estudiantes hurtaron la maza de armas y la bolsa del Lord Mayor, y una noche de jácara, parodiaron la procesión de Su Señoría. Hubo que instalar cuerpos de guardias en las cercanías para medir y fijar la longitud de las espadas: y fué preciso que la reina se enojase para que los habitantes de la posada de Lincoln depusieran su actitud, por extremo belicosa. También pasan bajo su arco estudiantes ahora; pero todos van rasurados, y en lugar de las espadas desmesuradamente largas, llevan, con la debida compostura, un inofensivo bastón de golf ó una raqueta de tennis.

La puerta de la Cartuja se abre á un square saturado de las memorias del tiem-



PUERTA DE LA CASA DE LA REINA.

po viejo. Entre las losas del pavimento prospera humildemente el musgo. Hace siglos que la Cartuja desapareció y que los frailes se dispersaron por el mundo, luego de haber visto el cuerpo despedazado del Prior, clavado sobre el arco de la entrada, de orden de Enrique VIII. El cementerio que rodeaba al convento, no existe ya. Todas las construcciones del monasterio han sido transformadas, rehechas, como para ahuyentar la pátina, sedimento de emociones, que los siglos habían ido dejando sobre las piedras ilustres. Y únicamente la puerta de la



PUERTA DE WGISTHLER'S



PUERTA DE LA POSADA DE LINCOLN.

Cartuja está en pie, entre una glorieta provincial y unos patinillos con árboles de huerto eclesiástico, donde la sombra es azul ó violeta... Por esta puerta salió para el cadalso el canciller Tomás Moro. Por esta puerta marcharon llorosos al destierro los frailes de la comunidad, un día del estío del siglo xvi y embarcaron en un galeón flamenco que los llevó á Brujas, esplendorosa entonces. Y durante muchos años, el Destino pareció pesar lúgubremente sobre el convento vacío. El duque de Northumberland, que lo habitó, fué por mandato real decapitado. El duque de Norfolk, que lo tenía por herencia, sufrió la misma suerte. Luego Sutton, que según cuenta Thornbury, había sido aventurero y servido en los tercios de España cuando el condestable de Borbón saqueó á Roma, hizo del abandonado monasterio un hospital. Y así, la piedad ahuyentó á los fantasmas nocturnos y obstinados que rondaban en torno á los muros.

Y esta otra es la puerta del patio del Deán, en la Abadía de Westminster. Se abría antaño sobre las prisiones monaca-

les, donde Sir Walter Raleigh, rival del conde de Essex, estuvo encerrado antes de subir al cadalso. Conduce ahora á los claustros, bajo cuyas piedras el abad Gervasio de Blois, hijo natural del rey Esteban, está enterrado desde 1140. Lord Byron gustaba de frecuentar este rincón de Londres, en los días de otoño de 1814, antes de desposar á Ana Isabel Milbanke. Era entonces un mancebo arrogante, á cuya frente, cargada de ensueños, se habían ceñido ya los laureles de *Childe Harold*. Deleitábase en la soledad de este patio, en el que las torres de la Abadía dejan caer ahora, como entonces, sus campanadas profundas. El silencio se hace más denso — decía — porque á veces se escucha el ruido de un carpintero ó el de una fragua, que dan una sensación aldeana.

Pero hay otras puertas ante las que nuestra ternura se despierta más fácilmente, como por una reminiscencia familiar, como por una revelación del encanto que hay en todas las cosas, hasta en las más cotidianas, cuando las consideramos con amor; y son estas las entra-



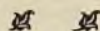
PUERTA DEL PATIO DEL DECAN.

das á la casa donde vivió Whistler, el pintor de las sinfonías en gris, y en oro, y en negro, y en blanco, de los paisajes del Támesis, de los crepúsculos llenos de humaredas y de luces misteriosas y temblorosas. O á esta casa donde Dante Gabriel Rossetti vino á esconder su pena cuando la esposa amada hubo muerto, llevándose en el féretro el manuscrito de sus poemas, que años más tarde, para que fueran publicados, fué preciso desenterrar del ataúd; puerta tan simple, tan de otra edad, siendo de ayer, con sus arcaicos cuarterones de madera, con su escalinata por donde los ángeles de la «Anunciación» pudieran haber descendido sin ser vistos, en la soledad de la calleja cercana al río; con su dosel de plantas trepadoras y su ventana contigua, cerrada, tan enigmática, tan muda; puer-

tecita conventual, como de un monje que se hubiera encerrado con su arqueta de hierro, llena de los colores del arco iris, para iluminar maravillosos vitrales, ó para miniar preciosos códices con las mayúsculas de oro... O esta puerta de la casa que habitó Ana María Evans, á la que habéis olvidado por ese nombre, pero á quien recordáis, de hijo, por el de Jorge Eliot. Jorge Eliot, cuyas novelas deleitaron á nuestras abuelas. Todavía en la infancia, registrando la biblioteca paterna, las encontramos y leímos. Fué en esta casita donde escribió su *Silas Marner*. Y aunque vivió hasta muy avanzado el siglo XIX, no la podemos imaginar sino saliendo por esa puerta del brazo de aquel discreto amigo que, para consolarla de un amor muerto, la desposó. Fina y suave, partido el pelo obscuro en dos crenchas iguales, pegadas á las sienes, vestida de crinolina, con miriñaque, caído sobre los hombros un chal...

Y este es el poema de las puertas viejas. Imagináis que, atravesando el umbral, vais á resucitar el pretérito encanto de las vidas y de las cosas que se albergaron tras ellas. Pero el secreto que parece guardarse tras de todas las puertas cerradas, es: en éstas, más punzante, por la certeza de que jamás os será descubierto. Entráis por ellas como abris la caja donde se evaporó el perfume de una mujer muerta, que hubierais amado más que á todas las otras, pues que sabéis que fué bella, y que nunca la podréis ver: por el ansia de localizar vuestra emoción, de aislarla, de sustraerla á la corriente del tiempo, que trata de disolverla y de disolveros poco á poco...

JUAN PUJOL.



PUERTA DE LA CALLE DE ESSEX.



JORGE GISSE, POR HOLBEIN



En otro tiempo se hacía venir el mármol de Paros; pero Carrara lo ha destronado y los flancos de sus montañas, abiertos por las manos de sus hijos, dejan al descubierto ciento veinticinco canteras.



LOS MÁRMOLES DE CARRARA



En las montañas de Massa y Serravezza

No equivale á evocar las maravillas de la estatuaria y de la arquitectura, pronunciar la palabra Carrara ? ¡ A cuántos palacios, á cuántas obras maestras no han dado nacimiento las montañas maravillosas de tan diminuta población italiana, las montañas de Massa y Serravezza ! — No se construye palacio alguno en el que no figure el mármol, y á profusión, como no se fabrica alhaja alguna sin oro ó pedrería. La piedra, de colorido siempre encantador, probó en todos los tiempos la riqueza del propietario de la construcción, que supo aprovechar los esplendores de la naturaleza en una de sus más bellas manifestaciones.

En otro tiempo, hacíase venir el mármol de Paros, el mármol blanco para la estatuaria, pero Carrara lo ha destronado, y los flancos de las montañas, abiertos por las manos de sus hijos, dejan al

descubierto ciento veinticinco canteras y dan de comer á más de seis mil obreros.

El espectáculo de estas canteras, en las que las obreros se afanan para sacar los bloques de piedra, no puede ser más curioso, y hasta los mismos procedimientos empleados no pueden menos de maravillar al profano y al técnico, porque en esta explotación se ha resuelto de una manera muy moderna muchos problemas económicos, propios de tales trabajos. El aparato empleado para cortar la piedra en la misma cantera, llamado hilo helicoidal é inventado por el ingeniero belga Paulin Gay, no puede ser más sencillo. Este aparato se compone de un hilo sin fin, obtenido por la unión de tres hilos de acero. Este hilo sin fin, arrollado sobre poleas y movido por un tambor motor, constituye una sierra flexible que permite cortar el mármol horizontalmente y verticalmente en grandes



bloques. Para operar así basta con hacer pasar la sierra por debajo de uno de los lados del *bloc* aislado que se desea cortar, lo que se consigue fácilmente con las perforadoras.

En la generalidad de los casos, para obtener el mármol en grandes bloques, se le corta en el sentido en que se le encontró en la cantera.

Junto á las canteras, y dependientes de la misma compañía explotadora, viven numerosos escultores que transforman gran parte del mármol sacado en estatuas ú otros objetos de arte, y cientos de obreros, que lo cortan á las dimensiones exigidas por los arquitectos.

Los objetos cilíndricos, tales como las columnas y los jarrones, se desbastan con el cincel y se terminan al torno. Existen también máquinas de labrar, de cepillar, etc., etc., y los mármoles que horas antes aparecían manchados por el contacto de las tierras que los aprisionaban,

Como se explotan las vetas de mármol.





costó adquirir la materia prima ni el hormigueo de tanto trabajador, que en el panorama deslumbrante, atrayente y colosal, limitado por el cielo riente de Italia, aparece como un puntito, como un liliputiense junto á Gulliver. Y nada dejaría sospechar que ser tan insignificante penetraría en las entrañas de la tierra para arrancarle su tesoro, que sin duda ocultó la Naturaleza intencionada-

En pleno monte, mansamente, los bueyes transportan la preciada carga.



Servicios auxiliares en las canteras.

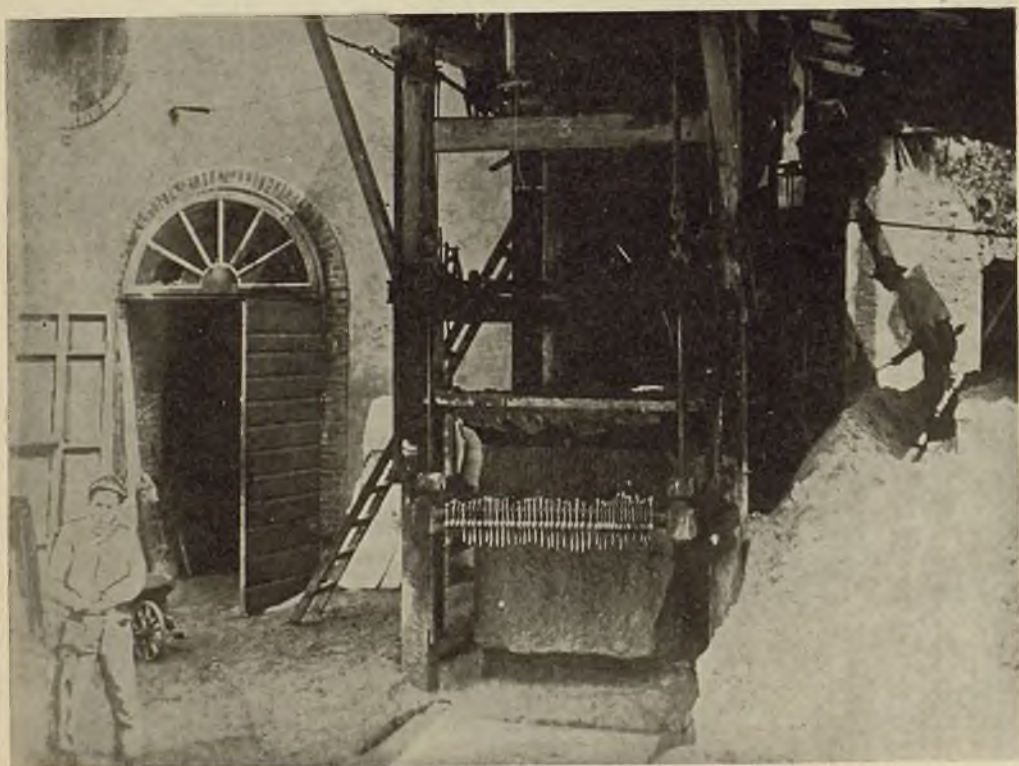
muy pronto son transformados en todo género de objetos grandiosos y delicados. El bloc pesado pasa inmediatamente á engalanar los salones más elegantes, y la señora que señala á un visitante: «esta estatua es del célebre escultor X», no sospecha, sin duda, cuánto



Camino del extranjero.



A la intemperie, bajo los ardorosos rayos del sol, los anónimos obreros desbastan los bloques del níveo mármol. Las máquinas modernas han venido à simplificar su tarea y aun à suprimir completamente su esfuerzo.



He aquí uno de los últimos adelantos modernos; es decir, uno de los más recientes modelos de máquinas desbastadoras de bloques de mármol. Si las máquinas han logrado suprimir el brazo del obrero, el buril del artista es insustituible cuando de arte se trata.

mente á los ojos del hombre, mas sin que le aprovechara su astucia.

Cuando el mármol es desbastado y aparece en toda su blancura, la última operación que se hace con él es la de pulirlo, que exige cinco manipulaciones:

1.^a El gredado, alisando la piedra á la mano ó mecánicamente con un trozo de greda mojada;

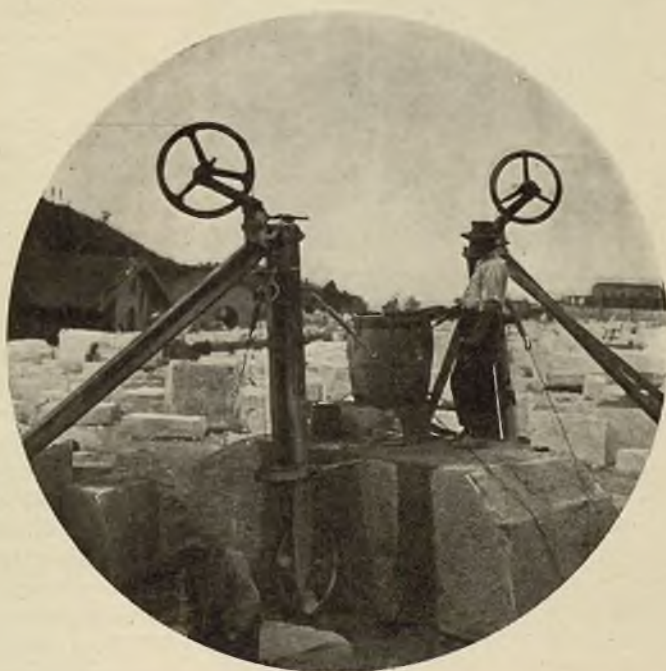
2.^a El *rabat*, continuación del pulido;

3.^a El tapado de los agujeros, cuando se trata de un mármol defectuoso,

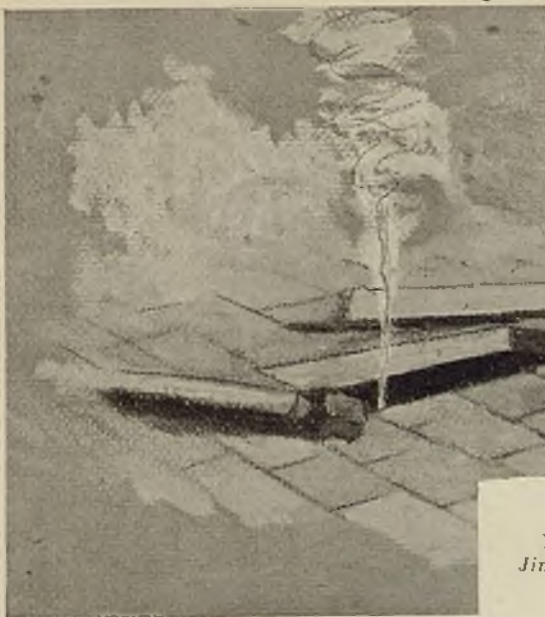
por medio de una masilla especial;

4.^a El alisamiento final, frotando con un trapo de hilo fino que se ha pasado sobre una mezcla preparada de plomo pulverizado y de pasta de esmeril.

Tales, son, someramente, los trabajos preparatorios que se hacen para extraer el mármol y presentarlo en las condiciones exigidas por los arquitectos y artistas, que con su talento sabrán transformarlo en hermosísimas obras de arte, de las que el mundo hablará con admiración.



La sierra empleada en las canteras y que tanto facilita los trabajos.



TIERRAS HIDALGAS

LA HUESA VACÍA

Y vacíos están los sepulcros del Cid y de Jimena. Ya la entrada en el templo da frialdad y desilusión.

SEGUÍAMOS el camino intrincado y áspero que, por entre remansos y penascals, nos alejaba del solar burgalés. Comenzaba la tarde á declinar, y abstraídos en evocaciones melancólicas, sugeridas por los viejos campos desolados y yerinos, abandonamos sobre el arzón las riendas. Caminaban lentamente nuestras monturas, con ese movimiento perezoso y tardo, pero acompasado y firme, denominado por nuestros aldeanos *paso de andadura*. Parecían experimentar también el agobio de la entrada en el cono de la sombra. Algunos pájaros vocingleros pasaron sobre nuestras cabezas con aleteo rápido, buscando en precipitada huida su refugio nocturno.

Bajamos por una senda pedregosa y angosta; ascendimos de nuevo por entre dos colinas de apocalíptica aridez. De pronto, apareció á lo lejos, alumbrado por los haces del sol poniente, un misérrimo caserío. Mi compañero alzó la cabeza, extendió el brazo con gallardo ademán y pronunció concisamente:

— Allí está Cardena.

¡Cardena! Senti en mis nervios una vigorosa sacudida. Un nombre es casi siempre una evocación. A pesar del divino mandato, si Lázaro no hubiera escuchado su nombre, hubiera seguido dur-

miendo impasible en la eternidad. En mis oídos sonó esta palabra, *Cardena*, como hubiera podido vibrar Waterlód, ó, mejor, como hubiera sonado Reims.

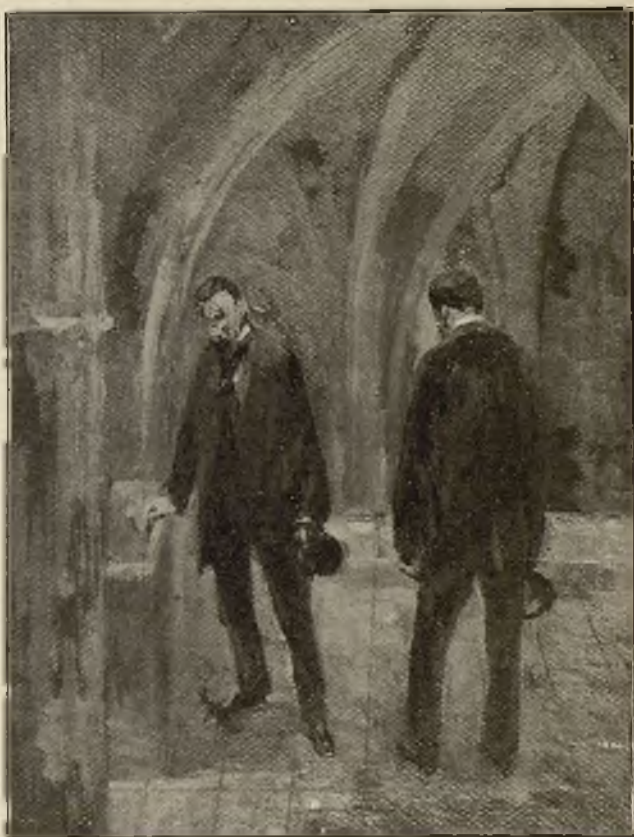
Decir Cardena es decir, el Cid: la España pretérita y ¡quién sabe si la actual todavía! Es evocar la hosca Castilla — «que face los homes e los gasta», — la tierra desnuda y sombría empapada en sangre y misticismo, devastada por las mesnadas de guerreros heroicos y enjutos, poblada de frailes, engañada por aventureros y pícaros, ensombrecida por peregrinos y disciplinantes. Pais monstruosamente extraño, capaz del heroísmo como de la barbarie, teatro de las más tenebrosas y sublimes tragedias, que un día impone al universo sus leyes fanáticas y otro rueda en el polvo con el desplome definitivo, estremeciendo con el ruido de su derrumbamiento á la humanidad. Suelo de renunciación y de pasiones extrahumanas que mezcla la pompa con la miseria, la esterilidad con la gallardía; que tiene migajas en las barbas floridas de los rotos y hambrientos hidalgos, y parásitos en las gorgueras de los magnates próceres, desenvolturas en los altos relieves de los coros de las catedrales, y rezos á la madre de Dios en las hojas de las espadas. Raza que descubre

los mundos y los llena de sombras, que pasa al Chaco, el Paraguay, á nado, y con un puñado de aventureros conquista un continente y luego lo prostituye y lo abandona. Raza altiva, endiosada, que levanta catedrales en los campos devastados por el pillaje y abre en las soledades abruptas osarios de piedra bravia, arrastrada á lomo por millares de siervos; que impone sus tetricos prejuicios y quema la ciencia en hogueras, pero que tiene el gesto y la inspiración del ensueño y la valentía, y que, cuando, al caer desplomada golpea con el guantelete su férrea armadura, resuena el golpe en la eternidad.

Nada ya recuerda en Cardena el poder del sexto de los Alfonsos, ni en parte alguna de su misérrimo poblado se encuentra la huella del *Campeador*. Unas cuantas po-brísimas viviendas de adobes forman el caserío. Pero, en torno suyo, se extienden los campos yermos, asolados por la lucha cruel; unos cuantos mendigos salen á nuestro paso, rezongando plegarias; varios quejumbrosos rapaces desnudos nos muestran sus tórax desmedrados y ruines. Aquellos son los descendientes de los conquistadores de mundos. Todo es repulsivo, mezquino. Pero en aquellas colinas cubiertas de malvas y espinos, repusieron sus fuerzas los mesnaderos de Ruy Díaz, y en aquel arroyo que serpentea entre guijarros, hundió Babieca sediento sus fauces. Y yo llevo mi mano al sombrero y me descubro: — ¡Salve, oh patria, contradicción eterna, paradoja monstruosa y perdurable, arcano de miseria y pasión, de vicio y grandeza incomprensible! El Oriente hizo de oro sus dioses y sus héroes; Grecia, de mármol, Roma, de hierro; Germania, de robles y de cedros; tú sola los hiciste de tierra, pero de tierra palpi-

tante y viva, empapada en fecundidades y en lágrimas!

¿Dónde está el monasterio? ¿En dónde los claustros de primorosas tracerías? ¿Dónde suenan las increpaciones que harán fular las piedras, y las fieras indignaciones ante el monarca? Queremos visitar los lugares históricos. Pero para ello es menester caminar todavía. Es allá, donde



Y entramos en la estancia angosta y polvorienta con el ansia del presentido desencanto...

se elevan los solitarios chopos, donde aún quedan las musas del templo profanado y donde la leyenda se alza, minada en sus cimientos por nidos de reptiles. Y sentimos temor al desencanto. Volver los ojos al pasado es morir. Y nada hay tan aniquilador como el espectáculo de la inanidad y fugacidad de las cosas. El libro de la desolación será siempre el *Eclesiastés*. Pese á la vanidad de los hom-

bres y de los pueblos, pasados los siglos, todas las huesas estarán vacías.

Y vacíos están los sepulcros del Cid y de Jimena. Ya la entrada en el templo, da frialdad y desilusión. La portada es repulsiva y de pésimo gusto; á su lado no están los dos olmos plantados por Gil Díaz. Dentro están seguramente las naves en que, desterrado por un año, y por cuatro más voluntariamente, oía con los suyos el Conquistador de Valencia la postrera misa en Castilla. Pero ya no existe la iglesia románica, sino la amplia construcción gótica que pierde su ambiente de misterio por la luz que penetra por los derruidos ventanales. Las estatuas yacentes de dos sepulcros, que nadie sabe á quien pertenecen, son las dos únicas reliquias polvorientas que se conservan de los tiempos anteriores á 1447, en que Pedro del Burgo, abad á la sazón de Cardena, después de demoler la antigua iglesia, edificaba la hoy existente. Es fuerza penetrar más adentro, y, en un capilla exenta y minúscula, ver el mármoleo monumento dedicado por Felipe V á las cenizas de Ruy Díaz. Y entramos en la estancia angosta y polvorienta con el ansia del presentido desencanto que, como una sed de desilusión, acompaña siempre á los mortales.

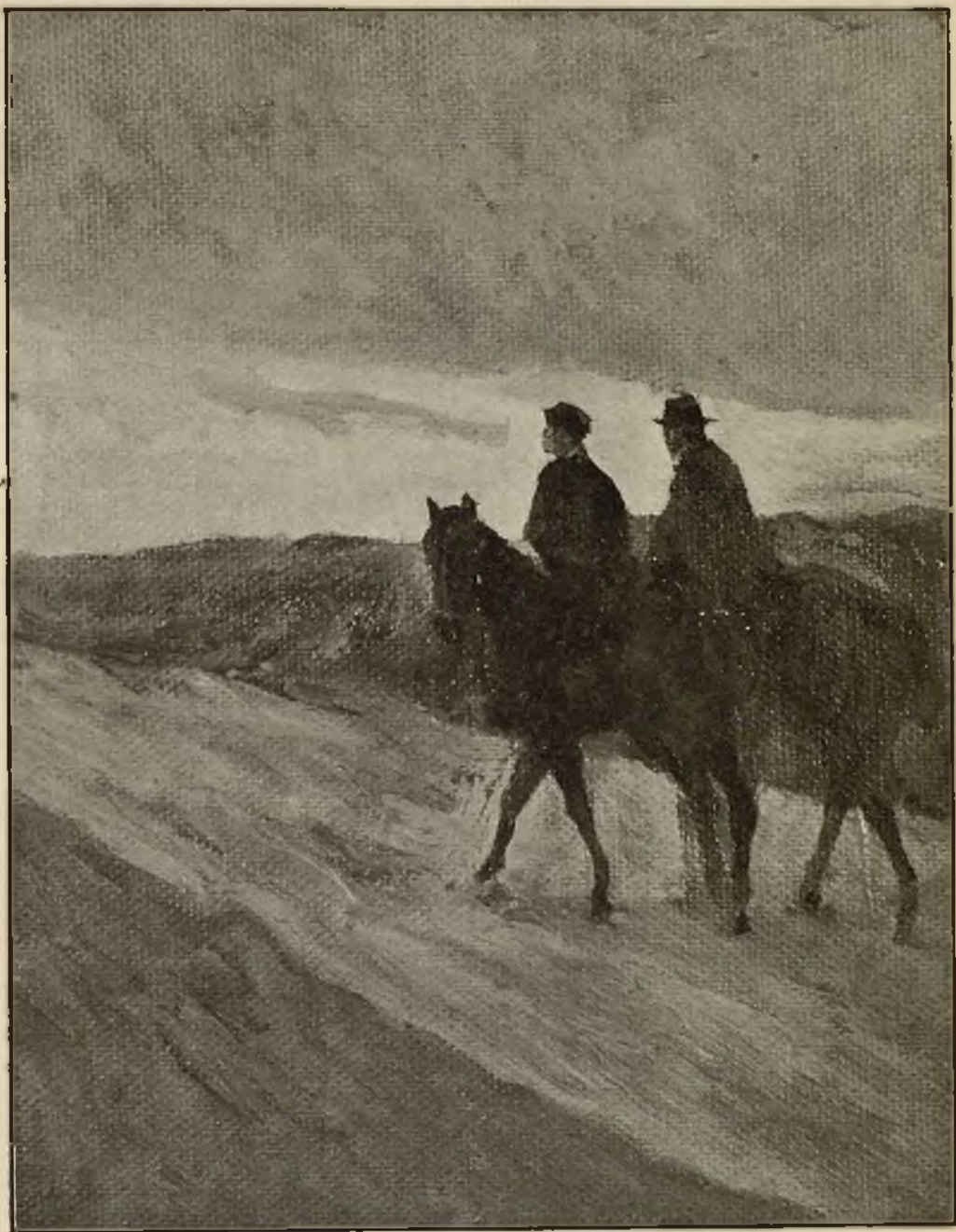
Las arcas sepulcrales no han sido respetadas. El fervor fanático no es menos iconoclasta que la rebeldía. Pero la imaginación esta vez se complace en el abandono de los sepulcros. ¿Qué tienen que ver la ancha mole pesada con sus trofeos á la romana, sus pésimamente tallados blasones y sus soles ridículos con las urnas góticas de ejecución primorosa y gentil? Sobre la mole recia y grosera, sobran los circulares clypeos, las adargas sobre medias lunas, flechas, arcos, aljabas y ballestas. Las figuras yacentes carecen de grandiosidad y en nada conservan aquellas otras, en donde, bajo las bóvedas de nuestras viejas catedrales, duermen los esforzados héroes sueños de piedra. ¿Qué ha sido de los restos del Cid? Nuestro guía nos repite los datos que tenemos en nuestra guía. No sabe ni puede decir más.

No allí, sino en la puerta del templo fué sepultado el Campeador, y allí debió de permanecer hasta el año 1272, «año en que — nos dice Berganza — honraba Alfonso X la memoria del héroe castellano labrando para él, en el centro de la iglesia, suntuoso sepulcro». Y Amador de los Ríos confirma que, recorridos todos los sepulcros en 1447, se colocó el sepulcro junto á la sacristía, y más tarde, en 1541, al lado del Evangelio. Fué en 1776 cuando se trasladaron las cenizas de Rodrigo y Jimena á los actuales cenotafios. Esparcidos por la soldadesca de Ney, fueron trasladados algunos huesos del de Vivar á Burgos y cerrada Cardena para siempre.

Y volvieron en peregrinación incesante los malhadados huesos á la capilla de Sisebuto y tornaron á Burgos, y se apresuraron á un nuevo éxodo cuando el Panteón nacional, y ya nadie recordaba las gloriosas cenizas hasta que llegó rotunda y detonante la sentencia implacable de Costa:

¡Triple llave al sepulcro del Cid!

Yo he visto á Costa agonizante en Graus; hundida en la almohada su noble cabeza de titán, demacrado su rostro por la fiebre, hundidos sus ojos vidriados, todavía fulminaba contra las extemporáneas glorificaciones del castellano aventurero. Y, sin embargo, Costa hubiera sido Rodrigo en Cardena, como el Cid, nacido en la orilla del Osera, y educado en la reciedumbre de los libros, hojeados en la celda angosta y frigidísima, hubiera sido igual que el indomable solitario científico. Del Cid tenía Costa la indomable fuerza selvática, la inadaptación huraña al medio, el instinto perenne de hosca rebeldía. Invocaba la fuerza como última razón de los soberanos de muchedumbres. Como Rodrigo, era la personificación de la España adusta, incapaz de identificarse con la evolución de las ideas y de los tiempos, esperándolo todo de un hecho violento y brutal, azotando á los pueblos con su estallante látigo y á los sabios con su saliva espumajante. Puestos frente á frente Costa y el Cid, se hubieran sentido



Regresamos á Burgos á través de los campos. — Y en la sombra creíamos escuchar el paso de las huestes armadas cubiertas de hierro, de sudor y de polvo.

semejantes. Quizá los dos tenían igual ceño sombrío, tal vez idéntico cuerpo y la misma cara...

« ¡Triple llave!... » Digna es la frase

del caudillo que impuso en la Jura los Evangelios con el cerrojo y la ballesta. La triple cerradura es el símbolo de la España inquisitorial, que la impuso al

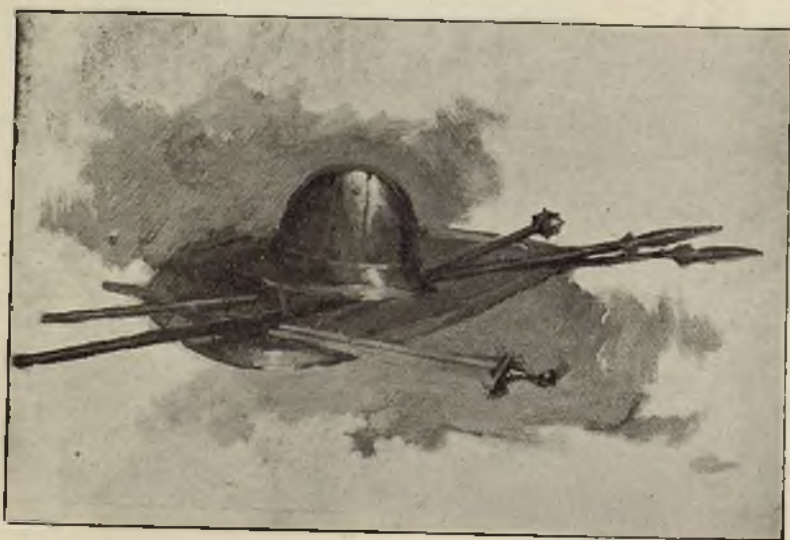
movimiento científico, á la investigación personal, al sano instinto de la plebe; fuimos triple llave á la conciencia en Nápoles, á la verdad en Flandes, al heroísmo en el Rosellón, á la virtud moderna en América, á la civilización en el Escorial. Y siempre fué por hombres tenaces y en-diosados, que blasfemaron durante su vida y al morir, como Costa, acercaron hasta sus labios la imagen del Santísimo. Hombres irreductibles y soberbios, devotos de la violencia, pesimistas biliosos, aventureros del libro ó de la lanza, incapaces, ni aun después de muertos, de permanecer en sus frios sepulcros; hombres cuya síntesis biológica fué un golpe ó una frase contundente como una catapulta, admirados por las muchedumbres, pero siempre como algo extrahumano; espíritus monstruosos que predicán la paz y hacen la guerra, verdaderos deudólatras que rinden culto al árbol y dejan á su paso desolada la tierra como un erial.

Regresamos á Burgos de noche á través de los campos. Era la obscuridad abso-

luta en la tierra; nubes espesas ocultaban el fulgor de los astros. Recordábamos la leyenda bravia que echó en el alma castellana la semilla y raigambre del divorcio fatal entre el conocer y el hacer, entre el pensamiento y la vida. Y creíamos escuchar en las sombras el paso de las hues-tes armadas, cubiertas de hierro, de sudor y de polvo, que se acercaban á esculpir, con el hierro de sus lanzas, la sangrienta y apocalíptica profecía de la caída en el Infinito.

Y nos preguntábamos si alguna vez volvería á lucir el sol y á alumbrar valles y campiñas, fertilizadas por el agua mansa y corriente, alegradas por el canto jocundo de los labriegos, animadas por el gesto redentor de las sirenas de los talleres, perfumadas por esencias de renovación y fecundidad, que hicieran olvidar la lúgubre tenebrosidad de la España trágica...

ANTONIO ZOZAYA





Decoración del segunda acto de «Semiramis». (Biblioteca de la Ópera. París.)

ROSSINI ÍNTIMO

El popularísimo autor de *Otelo* y *El Barbero de Sevilla* fué un bohemio simpático, dotado de tanta inspiración como de jovialidad. Sus obras, discutidas al principio, se impusieron después, proporcionándole dinero, aplausos y curiosos lances de amor.

Aclamado en todas partes, escribiendo partituras deliciosísimas, Rossini era irresistible: tenía gracia y tenía talento, dos armas nobles con las que se vence siempre.

Siendo muy joven, en Bolonia, estrenó una ópera titulada *La piedra de toque*, que obtuvo un gran éxito. Con tal motivo permaneció en la vetusta ciudad italiana varios días, saboreando su triunfo. De pronto...

LA MÚSICA... DOMÉSTICA A LAS MUJERES

De pronto, se presentó en Bolonia una novia que Rossini tenía en Milán, sin avisar al maestro su llegada. Esto le produjo

una verdadera contrariedad, porque por aquel entonces, á la sombra de los laureles conquistados, Rossini había iniciado el cortejo de la princesa C... la mujer más hermosa de Bolonia.

Rossini empleó todos los argumentos y todas las ideas ingeniosas de que era capaz á fin de convencer á la milanese de que debía marcharse. Sus razonamientos fueron inútiles, y un día encontráronse frente á frente las dos rivales, desarrollándose con este motivo una escena muy pintoresca. Rossini, que no tomaba nunca las cosas trágicamente, vió cómo ambas mujeres se injuriaban con las frases más duras y agresivas, y cuando aquéllas se hallaban dispuestas á llegar á las manos, sentóse al piano, y comenzó á cantar un aria con el mayor aplomo. Esto bastó para desarmar á las dos combatientes, que volvieron hacia él sus ojos llenos de asombro. Rossini, sin esperar ninguna explicación, cogió el sombrero y se marchó, saliendo aquel mismo día de Bolonia. Como el público le dispensaba sus favo-

res, estas aventuras aumentaban en cierto modo su prestigio.

CONTINUAN LAS CONQUISTAS DE LA MÚSICA

No había empresario en Italia que no se creyera en la obligación de represen-

en el teatro *Argentina* (Roma), el 26 de diciembre de 1816, día en que comenzaba la temporada de carnaval. El estreno fué borrascoso; el público silbó á García (*Almaviva*) cuando éste comenzó á entonar una serenata de su invención, acompañándose de la guitarra. Don Basilio tropezó al entrar en escena y estuvo á punto de romperse las narices. Al final del primer acto un gato cruzó el escenario, y entonces el público se puso á maullar.

Al día siguiente, la cosa fué mejor. Sin embargo, Rossini negóse desde el primer momento á ir al teatro; el empresario le envió varios recados, y de pronto la calle en que habitaba el maestro vióse invadida por una multitud tumultuosa, que entró en casa de Rossini aplaudiéndole y obligándole á ir al teatro. Los napolitanos quisieron desagraviarle. Recordaban la obra de Paisiello, en la que sin duda hay más emoción, pero Rossini había puesto en su partitura toda la gracia encantadora de su genio musical.

El ilustre maestro Saint-Saens nos ha hecho conocer el siguiente detalle acerca de *El Barbero de Sevilla*, que Rossini personalmente comunicó al autor de *Sansón y Dalila*:

En la « lección de canto » había un trozo de conjunto que fué pasto del fuego, así como la obertura que Rossini escribió inspirándose en canciones españolas. No

teniendo su autor tiempo de rehacerlas, mejor dicho, de componerlas nuevamente, substituyó la obertura con la que todo el mundo conoce y que existía anteriormente, decidiendo que en la citada « lección » la tiple cantase aquello que mejor le pareciera.



Caricatura de Rossini, hecha en París (1856).

tar por lo menos una ópera de Rossini cada temporada.

Dábanle mil francos por ópera, y escribía cuatro ó cinco anualmente.

En trece días compuso *El Barbero de Sevilla*, que es, sin duda, una de sus mejores producciones. Esta obra se estrenó

Años más tarde, Rossini escribió otra ópera, *La dama del lago*, inspirada en un poema de Wálter Scott. Pero el público estaba muy descontento con Barba-ja, empresario del teatro de San Carlos (Nápoles), por sus informalidades, y el pobre Rossini fué víctima, aunque accidental, de su enojo. Por cierto que las « silbas » afectaban singularmente al maestro de Pésaro.

Levantóse el telón la noche del estreno en medio de un silencio profundísimo.

La escena representaba un lago solitario del norte de Escocia sobre el cual la *Dama del lago*, fiel á su nombre, se paseaba sola en una barca que gobernaba ella misma. La decoración, según cuentan, era una obra maestra.

Las imaginaciones trasladábanse á Escocia, soñando con las poesías osiánicas. La señorita Colbrand (la dama del lago), bogaba en la barca con una gracia majestuosa y cantó la primer aria muy bien.

El público tenía unas ganas atroces de silbar, pero no encontraba ocasión adecuada.

El dúo, que cantaron David y la Colbrand, estaba perfectamente hecho. Era un trozo de música muy agradable. Después, Nozzari apareció en el fondo, que se encontraba, por la disposición del decorado, á una gran distancia de las candilejas. Comenzó cantando con una voz magnífica, con un brio extraordinario; se le podía oír desde la calle. Pero como estaba en el fondo de la escena y no oía bien á la orquesta, su voz hallóse en un momento un cuarto de tono tal vez por encima del diapason de la orquesta. Un grito general, una protesta unánime estalló en la sala.

Los leones enfurecidos en una jaula, los vientos desencadenados, la tempestad más horrible que pueda el lector imaginar es algo débil y apacible comparado con los gritos de un público napolitano que

oye una nota falsa y encuentra oportunidad para satisfacer cualquier rencor antiguo.

Después de Nozzari aparecen en escena unos cuantos bardos, que llegan para ani-



El célebre tenor Tambric en "Otello".

mar el ejército escocés, quien en aquel momento se dispone á marchar al combate.

Rossini había tenido la idea de luchar con las tres orquestas del baile de Don Juan, dividiendo su armonía en dos partes, el coro de bardos y la banda militar, con acompañamiento de cornetas que, después de aparecer separadamente, se oyen al mismo tiempo.

Este día memorable — el 4 de octubre de 1819, — dábase una función de gala; el

teatro aparecía iluminado espléndidamente, y como la corte no asistía al espectáculo, nada podía contener la alegría y el buen humor de los oficiales que, usando de un privilegio otorgado en su favor, llenaban las cinco primeras filas de butacas... y hallábanse borrachos por haber bebido un poco más de lo conveniente á la salud del rey y de los buenos ciudadanos.

Uno de estos señores, en cuanto oyó las cornetas, se puso á imitar con el bastón el ruido que produce el galope de un caballo. El público, con su instinto gregario, aceptó la idea al instante, y en un momento oyóse centuplicado aquel ruido. Todos los espectadores se divertían mucho con tan inocente juego. El pobre director de orquesta no pudo resistir tal escándalo, y salió enfermo del teatro.

Aquella misma noche, para cumplir un contrato anterior, Rossini vióse obligado á tomar la diligencia que había de conducirle á Milán. En el camino dijo á todo el mundo que *La Dama del lago* había sido un éxito extraordinario. Creyendo mentir, dijo la verdad. El día 5 de octubre, el público napolitano comprendió su injusticia, aplaudiendo la obra con verdadero entusiasmo. Habíanse suprimido la mitad de las cornetas que acompañaban á los bardos y que la primera noche produjeron un ruido ensordecedor.

EL NAPOLITANO LISTO Y EL EMPRESARIO TONTO

En la primavera de 1819, el empresario del teatro de San Benedetto contrató á Rossini por la suma de quinientos cequies, honorarios fabulosos entonces en Italia. El libreto que este empresario envió á Rossini titulábase *Edoardo e Cristina*.

En esta época Rossini estaba enamorado de la señorita Ch... y no quiso abandonar Nápoles hasta quince días antes de la apertura del teatro veneciano. Para tranquilizar al empresario le enviaba de vez en cuando algunos números de música. La letra de estos números era diferente de la que dicho empresario le había remitido, pero ¿quién hace caso de la letra, en una ópera? Las palabras, generalmente, son las mismas: *Felicitò, felice ognora, crude stelle*, etc. En Venecia, particularmente, nadie toma en serio el libreto de una ópera, ni aun el empresario que la paga. Rossini apareció, por fin, nueve días antes de la primera representación.

La ópera comenzó con aplauso; pero por desgracia hallábase en una butaca de orquesta cierto napolitano que cantaba el motivo de todos los números antes que los actores. Esto admiró mucho á la gente que rodeaba á aquel hombre, y le preguntó dónde había oído la música.

— Lo que acaban de tocar — dijo el desconocido — es *Ricardo e Zoraida*, y *Ermione*, que hemos aplaudido en Nápoles hace ya seis meses. Y pregunto yo: ¿por qué han cambiado el título de esta ópera?

De la trase del dúo de Ricardo

Ah nati in ver noi siamo

Rossini había hecho la cavatina de la nueva ópera, sin cambiar siquiera las palabras. Durante el intermedio de baile, la fatal noticia corrió rápidamente por todas partes. Los admiradores del maestro, que discutían la nueva obra, quedaron al pronto perplejos, y luego se echaron á reír. El poeta veneciano Ancillo hizo con este motivo un soneto, aquella misma noche, sobre la desgracia de Venecia y la felicidad de la señorita Ch...

El empresario no reía tanto como los buenos aficionados. Buscó á Rossini inmediatamente para pedirle una explicación, y éste le respondió con la mayor sangre fría:

— ¿Qué es lo que le prometí á usted?... Hasta ahora he cumplido mi palabra. La música que le di ha sido aplaudida por el público. Lo único que puede usted pedirme es un éxito. Además, si tuviera usted sentido común, habría visto que los cuadernos que le he enviado eran viejos. Puede tolerarse que los empresarios sean pillos, pero no tontos.

Su interlocutor no sabía qué responder ante aquella audacia y cinismo que tras pasaban el límite de lo ordinario; pero poco después se reconciliaron.

LA PEREZA DEL MAESTRO

Entre las anécdotas que Stendhal refiere de Rossini, hay una que demuestra la pereza del maestro:

Un día muy frío de invierno del año 1813, ocupaba Rossini un cuarto muy malo en un hotel de Venecia, y como no tenía fuego, se puso á escribir en la cama. Había terminado un dúo; comenzaba la parte de *Il Figlio per azzardo*, cuando la hoja de

papel en que escribía se le escapó de la mano, dando algunas vueltas en el aire y yendo á caer debajo de la cama. Extendió el brazo, inclinándose todo lo posible para ver si la podía alcanzar. Al hacer este movimiento sintió frío, é inmediatamente volvió á cubrirse, renunciando á coger el papel. — Será mejor— se dijo —escribir otro dúo. Preliero esto á coger frío. Además, creo que no me acuerdo de lo que he escrito.—Pensó algunos minutos, pero vió que no se acordaba. Al fin hizo nueva-

ge. — El preferido fue el primero. El segundo parecía demasiado vivo para la situación. Entonces Rossini decidió hacer un tercero. Al acabar, se vistió, quejándose de la temperatura, y salió con su amigo para ir á calentarse al casino y tomar una taza de café ».

Á LO QUE OBLIGA EL AMOR

La conversación de Rossini era muy



Vista de Milán.

mente el dúo. — Los compositores ricos, — murmuró— pueden tener encendida la chimenea en su cuarto. Yo no me tomo el trabajo, en cambio, de recoger los dúos que se caen. Además, esto es de mal augurio.

Acababa de escribir el segundo dúo, cuando se presentó en su habitación un amigo.

— ¿Quiere usted hacer el favor de recoger un dúo que se me ha caído debajo de la cama? — le dijo Rossini.

El amigo pudo, con el bastón, atrapar el papel de música, entregándoselo á Rossini. — Ahora— dijo éste— voy á cantarle á usted los dos dúos, para ver cuál esco-

pintoresca. Tenía una gran riqueza de imaginación y contaba siempre historietas que hacían reir mucho á sus amigos.

Cuando alguien dudaba un poco de la veracidad de sus palabras, exclamaba:

— Sería un imbécil en mentir, pues no tiene ningún objeto ni puede producirme nada. A causa de mi profesión he estado en relaciones con muchos artistas de uno y otro sexo, y he sufrido mucho con sus caprichos. En Padua, para entrar en casa de una señora á la que me interesaba mucho ver, tenía precisión de imitar el maullido de un gato, en plena calle, á las tres de la mañana. Y, como maestro de



Modelos de Trajes para la Ópera « El conde de Ory » (Biblioteca de la Ópera, París)

música, estaba inexcusablemente obligado á maullar sin dar ninguna nota falsa...

La sonrisa fué, en los labios de Rossini, una luz inextinguible. La fama le agasajó liberalmente, y, si hubiese sido más ordenado, habría reunido algún capital. Contrajo matrimonio dos veces, y encontró

dos «medias naranjas» ácidas. Sin embargo, la fuente de su jovialidad no se secó.

Cuando, ya en los últimos años, se puso «serio» de verdad, escribió el *Stabat Mater*, solemne página religiosa, que es su obra maestra...





HACIA EL CIELO

Cabalgando por los aires en las vigas de acero que se balancean en el vacío, bien merecen el nombre de funambulos de las nubes los atrevidos obreros que elevan las gigantescas casas newyorkinas.

LOS FUNÁMBULOS DE LAS NUBES

El europeo que desembarca por la mañana en Nueva York, penetra, luego de un salto en un ascensor, en el cuarto en que trabaja en mangas de camisa un *businessman* de rápidos gestos, á quien pregunta aquél :

— ¿En qué piso está su oficina?

— En el décimoquinto — responde el norteamericano, con el mismo tono de voz con que decimos nosotros: «en el tercero».

— ¿Cuántos pisos tiene la casa?

— Veinte... por ahora.

— ¿Por ahora?

— Sí, porque todavía están construyendo,

y dentro de unas semanas el inmueble tendrá treinta pisos. Como parece que le interesa esto, puede usted verlo.

Y, luego de otro salto en el ascensor, el visitante se encuentra en una terraza formada por una armadura metálica, y puede ver que sobre las oficinas, lujosamente instaladas, en las que, desde hace mucho tiempo, reina una febril actividad, los obreros continúan levantando hacia las nubes esos estupendos edificios que los newyorkinos llaman orgullosamente *Sky Scrapers* (rascacielos).

Hombres de flexibles y precisos movimientos trabajan silenciosamente. Uno de ellos, en pie sobre una viga de acero, consulta atentamente un plano y parece en-



EN EL PISO 30."

Los contramaestres no contratan á ningún obrero mientras dura la construcción de una casa, con objeto de que los que empiezan se vayan acostumbrando poco á poco á alturas cada vez mayores. El vértigo es una palabra sin sentido para los funámbulos de las nubes.

llegarse á minuciosos cálculos. Está vestido con un pantalón de tela oscura y una americana amplia; gruesos guantes de piel de conejo — gastados por el uso — protegen sus manos, y un viejo sombrero hundido hasta las cejas desafía el viento borrasco que sopla del océano. Tranquilamente examina su obra; pero, al acercarse á él, no puede uno menos de experimentar un sentimiento de terror: el obrero está en pie, sin punto de apoyo, á setenta metros sobre el suelo, en una viga que apenas es más ancha que la palma de la mano.

Abajo, como en el fondo de un abismo, la ciudad se agita, pero está tan lejana que su ruido no llega arriba.

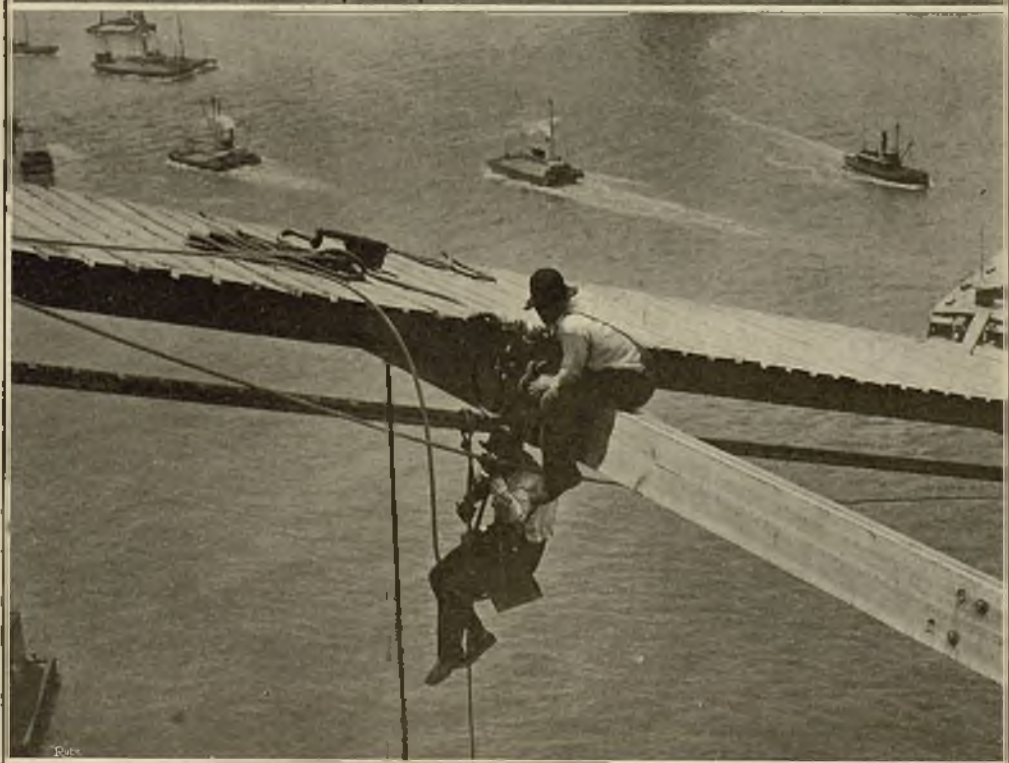
El obrero se absorbe en su trabajo, y cuando el viento le pega el papel á la cara, se inclina ligeramente para recobrar el equilibrio y, con un movimiento nervioso, retira el papel. En la armazón, al-

rededor del hombre del plano, hay otros en pie ó á caballo sobre una viga de acero suspendida sobre Nueva York: son los funámbulos de las nubes.

CHOZAS Y RASCACIELOS

Si la elaboración de los planos de un rascacielos representa una minuciosa labor para los ingenieros que tienen que estudiar uno á uno todos los detalles del inmenso inmueble, hay que convenir en que el trabajo de los que han de ensamblar las armazones es muy peligroso y que para llevarlo á cabo hacen falta excelentes obreros.

Los funámbulos de las nubes proceden de todas las partes del mundo y en Nueva York se ven americanos, escoceses, canadienses, algunos italianos y este año hay dos indios, y no es ciertamente un espectáculo trivial ver á aquellos dos descendientes de los antiguos amos del suelo tra-



ENTRE EL CIELO Y EL AGUA

Un segundo de distracción basta para que el obrero se « estrellé » contra el agua.



SOBRE EL HUDSON

Como el desarrollo de Nueva York es tan rápido, la isla de Manhattan, centro de los negocios, es pequeña ya y el terreno ha adquirido el fabuloso precio de 15.000 pesetas el metro cuadrado.



Así, pues, hay que tender puentes sobre la desembocadura del Hudson para facilitar las comunicaciones con el resto de la ciudad de los rascacielos.

bajando en la construcción de casas de cien metros de altura, en los «solares» donde hace un siglo, sus abuelos edificaban chozas en las que había que entrar á gatas.

APRENDICES Y COMPAÑEROS

Entre los obreros se encuentran también muchos antiguos marinos. Tentados por un oficio aventurero, acuden á trabajar con los que viven en las gigan-

LA COLOCACIÓN

Luego de recorrer un largo trayecto en el espacio, la viga metálica acaba de llegar á su destino con los funículos que la tripulan, los cuales se aperciben á colocar la pesada masa de acero.



tescas casas en construcción. Según manifiestan los ingenieros, los mejores trabajadores son los muchachos de las granjas del interior, quienes acuden alrededor de los trabajos cuando se tiende un puente para ferrocarril á la orilla vecina. Admiran la tranquilidad de los obreros ante el peligro, dejándose seducir por su existencia y, tímidamente, ofrecen sus servicios para los trabajos fáciles, con la secreta esperanza de llegar á formar parte del atrevido equipo de los obreros. Luego de haber hecho pequeños trabajos, aprenden á fijar travesaños y después á mantenerse en equilibrio en una viga.



UN DIÁLOGO

La verdad, es que el sitio escogido no parece muy apropiado para charlar. La viga no es más ancha que la palma de la mano, pero los dos obreros discuten sus asuntos con la misma tranquilidad que nosotros sentados tranquilamente en nuestra despacho.

No se ha terminado el puente cuando tienen ya la plaza soñada y, entonces, ¡adiós la granja! Comienza la vida errante. La buena paga, la gran libertad y la constante tensión son atractivos para el trabajo, así es que todos ellos tienen afición al oficio. Rápidamente se acostumbran al peligro, y antes de que las vigas estén perfectamente sujetas se pasean por ellas como por las aceras de la calle, porque, gradualmente, se han habituado á las grandes alturas, para lo cual los contramaestres evitan, dentro de lo posible, con- tratar obreros durante la construcción, á

fin de que los que empiezan se vayan acostumbrando á las alturas constantemente mayores, á medida que se eleva la casa.

Los principiantes de este duro oficio dan origen, muchas veces, á cómicos accidentes.

Una mañana, un contramaestre vió llegar á un sólido muchachote medio muerto de hambre. Apiadado y seducido por el simpático aspecto del recién llegado, le contrató; pero, como tenía mucho que hacer, no le dió instrucciones. Poco después de comenzado el trabajo se

dirigió al nuevo obrero y le dijo :

— Ve á escape al octavo piso y tráeme un « anciano »... ¡ Date prisa — añadió al ver que dudaba el joven, — porque si no, se derrumba la casa antes de cinco minutos!

El obrero echó á correr y, luego de un momento, volvió trayendo en brazos á un viejo guardián de la casa, el cual le arañaba y profería mil injurias.

— Es el único que he encontrado — dijo devolviendo la libertad al viejo, — y no quería venir.

Advirtamos que se llamaba « anciano » á uno de los útiles del oficio.

Á pesar de su mal « estreno » el trabajador en cuestión es hoy uno de los más hábiles funámbulos de las nubes.

Otros obreros, por el contrario, no consiguen « cepillarse » y dimiten espontáneamente.

— Ve á buscarme un nivel de agua al piso de abajo — dijo un contraamaestre á un suizo recientemente empleado, cuya lentitud y torpeza presagiaban una próxima cesantía.

Algunos minutos después, el obrero, que había olvidado por el camino el nombre del objeto, sacó la cabeza por un agujero del piso inferior y, enseñando una cuerda al contraamaestre, le preguntó :

— ¿ Es esto ?

— Átate una punta de esa cuerda al cuello y la otra á esa viga.

El obrero obedeció.

— Ahora da un salto — dijo el contraamaestre.

Durante algunos segundos, el hombre pareció reflexionar y, luego de desatarse la cuerda, echó á correr abandonando su americana, que no se atrevió á reclamar.

Todos los obreros tienen que cumplir estrictamente sus obligaciones, porque de cada uno de ellos depende la vida de todos. Una cuerda mal atada, una señal hecha demasiado pronto, puede ocasionar muchas desgracias.

Por fortuna, son escasos los accidentes, gracias á la sangre fría de los obreros, que les ha sacado de muchos apuros.

Un funámbulo de las nubes trabajaba un día en el montaje de los últimos travesaños superiores de un puente para ferrocarril. Estaba suspendido en el vacío por una cuerda que, atada á su cintura, pasaba por una polea fija sobre su cabeza, y cuyo otro extremo estaba unido á un tablero del puente, á unos treinta metros debajo del obrero.

De pronto se oye el ruido de un tren. Una locomotora entra en el puente que se había habilitado aquella misma mañana.

El obrero mira casualmente hacia abajo y ve que su cuerda está atada á un riel... ¡ La locomotora va á cortarla al pasar y el infeliz se precipitará en el vacío !

Pero el funámbulo de las nubes no pierde la sangre fría. Algunos metros delante de él y un poco más abajo, hay una sólida viga de acero. Con un vigoroso impulso imprime á la cuerda un movimiento oscilatorio y cuando ésta cede, cortada por las ruedas de la locomotora, el obrero consigue agarrarse á la viga al pasar junto á ella en su caída. Es imposible que nuestros dramaturgos combinen una situación tan espantosa...

Estos valerosos trabajadores se ganan bien la vida. Suelen cobrar veinticinco dollars por semana y cuando el sábado por la tarde se encuentran en poder de su paga, nunca dejan de dar una limosna á los cepillos de caridad.

Pero, bajo esta generosidad, se oculta una gran superstición. La famosa « regla de los tres » — cuando ocurren dos accidentes seguidos, el tercero anda cerca — les obsesiona.

¿ No es una hermosa lección de energía el relato de la vida de estos hombres que ganan todos los años unos cuantos metros hacia el cielo, hombres generosos, cándidos en sus supersticiones y que sólo temen una cosa : su destino ?





Los hermanos Quintero trabajando en su despacho.

El arte dramático en España

IMPONERSE por igual al público y a ciertas minorías intelectuales que son, en todos los países, las que acuñan con su beneplácito los valores literarios, es privilegio que el destino reserva de tarde en tarde a un escritor. Lo más frecuente es que la popularidad se logre a expensas del orgullo profesional por concesiones sucesivas al gusto de la muchedumbre. En este caso, el dramaturgo se despoja de todo prejuicio de escuela, rompe con todo ideal estético y pone todo su empeño en acaecer el aplauso, sin reparar en escrúpulos. Aclimatado a la atmósfera embriagadora del triunfo, no se resigna a salir de ella. A partir del éxito, su talento creador se subordina a la tiranía colectiva, y antes de poner la pluma en el papel, el dramaturgo pregúntase, lleno de ansiedad, qué podría gustarle a la gente. Así, la primera victoria decide de la suerte del artista, pues consagrando su obra primera, le aparta de toda posibilidad de renovación. En vez de renovarse, halla más cómodo y de menos riesgo el repe-

tirse. Eso ocurrió con Joaquín Dicenta, obstinado en suponer inagotables las canteras de donde extrajo los materiales de *Juan José*. En pos de aquella obra nos dió el ilustre dramaturgo *El señor feudal*, comedia inspirada por el odio de clases, y detrás de *El señor feudal*, *Aurora* y *Daniel*, dos dramas de arbitraria contextura moral, en los cuales Dicenta trazaba la geografía de las almas con una libertad psicológica que la menos exigente observación de la vida, no podía menos de recusar. Influido, deslumbrado por el éxito de *Juan José*, Joaquín Dicenta llegó a hacerse la ilusión de que su pluma estaba destinada a ser instrumento de reparación social, y su teatro una exposición de los agravios que viene infliriendo el poderoso al desheredado desde el origen del dinero. El desvío del público le sacó de aquel error. Los humildes van lentamente liquidando sus diferencias económicas con el capitalista, y no es difícil que lleguen con él a un punto de conciliación en el taller, en la fábrica, en la mina y en el andamio, sin que las partes beligerantes hayan menester la mediación

del literato ni el arbitraje del dramaturgo. Por eso, un arte que se contente con aventar pasiones de clase, esquivando todo propósito de divertir á la gente, no puede prevalecer. Quien lo cultive, usurpa sus fueros á la tribuna política, suplantando al agitador de muchedumbres y aun puede amolinarlas en un momento dado, pero, en el terreno de la estética, no pasa de ser un intruso, indigno de la atención desinteresada del público. La terquedad de Joaquín Dicenta en vaciar sus obras posteriores á Juan José en el molde social de aquel aplaudido drama, ha frustrado todos los intentos escénicos que se ha propuesto después, abriendo en su espíritu una larga noche, si no de impotencia, que el decirlo fuera calumniarle, de desorientación y de incertidumbre.

El caso de los hermanos Álvarez Quintero, autores de la comedia *Los leales*, que hemos visto representar recientemente en el teatro Español, es otro. Para hablar con propiedad, es el contrario. Su defecto capital está en la obstinación de los simpáticos escritores por renovarse, por sacar la corriente de su talento de las asoleadas tierras andaluzas. Del estremes

anodino, pasaron al sainete, y del sainete dieron un salto á la comedia con *Los galeotes*, obra invertebrada que, á no estar sostenida por una férrea armazón de chistes, se hubieravenido abajo, ya que no se recomendaba á nuestro interés ni por la novedad del pensamiento central, ni por la pasión de los tipos, ni por el nervio de los caracteres. Ni siquiera advertimos en *Los galeotes* aquella unidad interna, propia de las obras dramáticas que se han incubado al calor de una preocupación pasional. No hay allí cumbres de sentimiento ni cimas de conciencia. Todo es llanura. Nadie, entre los personajes, aspira á humillar á su interlocutor, por su superioridad, con palabras ó hechos. Su convicción, nivel de vulgaridad, mejor dicho, de insignificancia, regula las relaciones de aquellos seres, oponiéndose á que se destaque ninguno de ellos, como no sea por el prurito de hacernos reír. Después de *Los galeotes*, nos dió la fértil musa de los hermanos Álvarez Quintero

un drama, que sigue siendo, en mi sentir, su obra más considerable: *Las flores*. Aunque esta revista no aspira á ser un estudio retrospectivo, ni mucho menos total del teatro de los literatos andaluces, voy pasando al través de sus comedias más sonadas, más que por ceder á un malévolo propósito revisionista, que estaría fuera de lugar ahora, por templar, alabando algo de lo que nos han dado en escena, el rigor de lo que me dispongo á decir de *Los leales*, sin la pretensión, naturalmente, de que quede como dogma. Si se me invitase á hacer una selección, atendiendo á mi gusto, en el repertorio de aquellos autores, yo daría la preferencia á *El genio alegre*, *Las flores* y *Malvaloca*, sobre todo lo que ha

creado su fantasía, y si entre aquellas tres obras hubiera de decidirme por una, con exclusión de las otras dos, no dudaría un momento: mi voto sería para *Las flores*. Desde que apunta la acción, y aun antes, desde que se descubre la escena, la soberanía de los autores, sobre todo lo que les rodea, cielo, paisaje, seres y cosas, se nos impone. Pisan terreno propio y se codean con criaturas que les son familiares. La Andalucía frívola, al-

cada, diecharachera, desaparece. Estamos en una, región de España, bella, que no es alegre ni triste, sino que refleja las vicisitudes sentimentales de sus pobladores. El inocente amoralismo de la mayoría de los personajes que intervienen en la acción, es de una realidad conmovedora. Si pecan, es á su pesar, porque no aciertan á discernir entre el bien y el mal, y porque no logran sobreponerse á la violencia de los temperamentos ni al encanto de las tentaciones. En la obra no hay más que amor, dolor, llanto é ignominia; es decir, sufrimiento; y, sin embargo, la realidad no anda nunca en *Las flores*, fuera de juicio, por el capricho del dramaturgo.

Aquella Andalucía trágica no es una ilusión literaria forjada por el pesimismo visual de un escritor: es una Andalucía tan real como la otra, como la de los regocijos, los donaires y las graciosas hipérboles verbales. Lo que allí ocurre no desentona de nuestra experiencia. Es, por-



Los hermanos Quintero, Joaquín y Serafín.

el contrario, vulgar, y ello no obstante nos impresiona profundamente, porque como los hermanos Alvarez Quintero han interrogado á la vida, sin otra preocupación ulterior, la vida les ha permitido recoger sus confidencias apasionadas, melancólicas y trágicas. Todos los tipos que desfilan ante nuestros ojos en *Las Flores*, menos uno, el más desgraciado, son intuitivos, es decir, seres á merced del azar fisiológico, de una sacudida de sus nervios, de una oleada de sangre, sin freno que los cohiba ó los modere. Van á su destino de un modo impulsivo, con la ceguera con que sigue la bala la trayectoria que le traza la pólvora en la recámara del fusil ó del cañón. Asistiendo al espectáculo de sus aventuras y sus desdichas, se tiene un resumen de lo que es la vida: incoherente, inexorable, trágica y absurda...

Después de *Las Flores*, la inventiva de los hermanos Alvarez Quintero no ha estado ociosa. En pos de aquel drama, aplaudido con una tibieza inexplicable, han llevado al cartel, siempre honrosamente, *La dicha ajena*, *La Zagala*, *El centenario*, *Mundo mundillo*, *Amores y tenorios*, *La flor de la vida*, *El genio alegre*, *Malinaloca*, *Nena Teruel* y, recientemente, *Los leales*, obras, que si bien pregonan el ingenioso brillo de la estirpe, no todas perduran en el recuerdo del público, lo cual, aunque aflija á los hermanos Alvarez Quintero y les lastime en su amor propio literario, no es de extrañar, ya que son muy contadas las producciones de la mente humana con vigor bastante para vencer al tiempo.

Sin detenerme, porque no es necesario, en las obras que dejo enumeradas, entro en *Los leales*, la comedia últimamente estrenada por los afortunados escritores sevillanos y que ellos se obstinan en sacar á flote, alzándose del fallo del público.

Han sostenido los hermanos Alvarez Quintero una teoría que yo encuentro no solamente admisible, sino razonable, en nombre de la cual se le exhorta al dramaturgo á que se rebele contra el veredicto del público de la primera representación. Ese veredicto — dicen los Quintero — no puede ser definitivo é inapelable. La muchedumbre que lo pronuncia va al teatro demasiado influida por prejuicios de crítica que se interponen entre sus sentidos y la obra que se representa, y así el espectador, en vez de prepararse á gozar espontáneamente con lo que pasa en escena, se reviste, sin proponérselo, contagiado por el calor de las discusiones, de la severidad de un juez. «Nosotros — vienen á decir los Quintero — no recusamos al público de la primera noche; pero



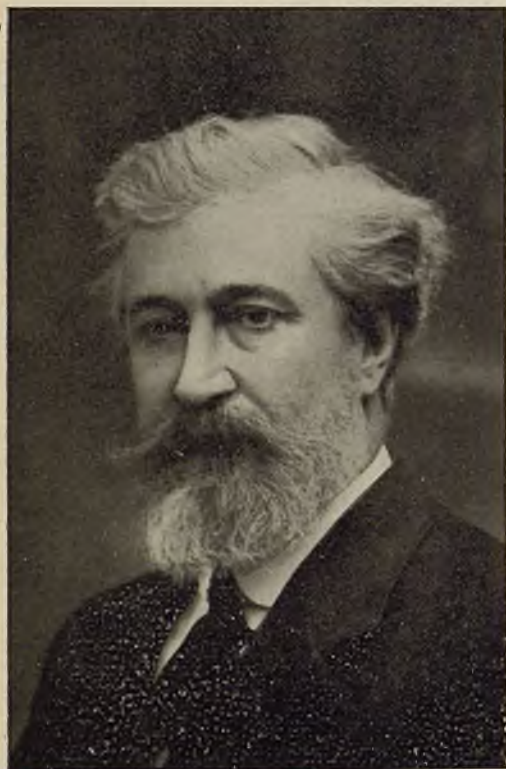
La ilustre artista Maria Guerrero.

no nos merece aquella plenitud de confianza que le otorgáramos si le supiésemos, asistiendo al estreno de nuestras obras, desarmado de todo prejuicio. Mientras esto no ocurra, someteremos nuestras obras á diversos públicos, y si la frialdad de la primera acogida se repite una y otra vez, nos resignaremos á retirarlas; y por de pronto, como regla de conducta, nos acostumbraremos á deducir, de la suma de los desdenes y de los entusiasmos colectivos, un promedio de aplauso que nos consienta decorosamente mantener la obra discutida en el cartel.»

La adopción de esa teoría tiene algo de tutelar, hasta para los fracasos taxativamente definidos, como el estreno de *Los leales*. No me sorprende, pues, que esa

comedia sobreviva al negativo éxito de la primera noche.

Desentendiéndonos ahora, como siempre, de lo que piense el público, sería inexcusable el callar lo que opinamos nosotros de la reciente obra de los hermanos Alvarez Quintero. Ya he dicho, al principio, que contadísimos escritores gozan del privilegio de congraciarse, en la misma medida, con el gran público y con aquellas exiguas minorías intelectuales dispersas que suelen constituir, según sostenía Ernesto Renan, el cerebro de un país. A los hermanos Alvarez Quintero les ha deparado alguna vez el destino ese doble triunfo, y si no, basta con recordar el éxito de *El genio alegre*, obra que alcanzó el aplauso unánime de sus contemporáneos. Pero eso les ocurre de tarde en tarde. Lo corriente es que se lleven, en pos de su firma, la adhesión de la muchedumbre, sin preocuparse del desdén de las minorías intelectuales. Ahora les ha faltado todo. Público y grupos cultos han sido solidarios del mismo desaire, lo que equivale á decir que *Los leales* debe contarse entre los intentos dramáticos malogrados de los ilustres escritores andaluces.



Santiago Rusiñol.

Los señores Alvarez Quintero, alentados por la fortuna, olvidan que el arte dramático está condicionado por fronteras, que no todos los literatos pueden traspasar, según el vuelo de su capricho. Las alas permiten al genio intentarlo todo y remontarse sobre todas las limitaciones que la naturaleza ha impuesto á los artistas de talento, y, por por de contado, á los mediocres.

En países de modesto nivel cultural, los conceptos genio é ingenio pasan por sinónimos, y esa arbitrariedad de crítica se presta á no pocas confusiones. Los hermanos Alvarez Quintero son escritores de ingenio, y nada más. Suponerles humoristas sería excesivo, porque el humorismo es una interpretación filosófica de la existencia. Decir de ellos que son cronistas, sería exagerar, porque la ironía es la condensación espiritual del dolor, que se transforma en risa para hacerse perdonar. No ; los señores Alvarez Quintero son escritores de ingenio, ocurentes, graciosos. Sin dejar de ver los aspectos patéticos y dramáticos de la existencia — ahí está *Las flores* para demostrarlo — propenden á fijarse más en la entrelínea grotesca de la realidad, en la penumbra de ridículo que dejamos en pos de nuestras acciones, en todas las deformidades morales y físicas que se prestan al comentario zumbón y al gesto de graciosa extrañeza.

En *Los leales*, franquean un mundo en el que, sin andar del todo despistados, no se mueven con entera desenvoltura. La obra viene á ser, simplificándola mucho, un largo diálogo, casi una lucha á brazo partido entre la voluntad humana y el dinero. El tema fundamental no es nuevo. Tiene, desde Plauto acá, pasando por Shakespeare, más de un precedente en el teatro. Sin referirnos á Emilio Augier, y viniendo á nuestros días, el tema ha tentado á Giaccossa, á Galdós, á Emilio Fabre, á Bernard Shaw, que lo han aprovechado como tronco dramático para sus obras.

Los hermanos Alvarez Quintero no han usurpado su obra á nadie, ni hay en ella reminiscencias siquiera de una paternidad ilegítima. No es eso. *Los leales*, es por entero una obra original, y si no vista, supuesta, por lo menos en la realidad. Lo malo no está ahí, sino en la inconsistencia de la acción, en lo convencional y amañado de los caracteres, en la mezquindad espiritual en que los personajes dan libre curso á sus pasiones y sus ideas. Nada de lo que ocurre en escena nos conmueve ó interesa un momento, con tener nosotros el alma abierta á todo lo patético de la existencia y la atención propicia á todo lo dramático.

Para nosotros, su drama no ha sido más que la definición del tedio.

* *

Amor á la ironía; miedo á la ironía. A esos dos estímulos ha cedido Santiago Rusiñol, sucesivamente, cuando se disponía á escribir *La Virgen del mar*. Si quisiera explicarnos el génesis de su obra, vendría á decirnos, palabras mas, palabras menos:—Cuando se me ocurrió la idea, habló Voltaire en mi espíritu. Inmediatamente el dramaturgo forjó una fábula, acomodándola en el marco escénico.

La idea central de *La Virgen del mar*, es, en el fondo, la misma de *Eça de Queiroz* en *A reliquia*, una irónica paradoja sobre el sentimiento religioso de las muchedumbres. Como obra escénica es poco interesante. El dramaturgo no ha sabido agrupar en el marco de la acción la va-

riedad de tipos necesaria para hacer visibles los matices de la fe religiosa y para que nuestra atención esté cautiva de lo que ocurre en escena. La obra adolece de pobreza psicológica y de monotonía, sin duda porque el tema tratado en ella pide unos alicentos dramáticos y un vigor poético que el ilustre autor de *El patio azul* dista mucho de tener. Santiago Rusiñol es, dentro de la literatura, un *amateur* muy distinguido, pero no es nada más. Su manera de interpretar la vida, es puramente pictórica. Con la pluma, sus confidencias artísticas, sin dejar de ser estimables, no son de las que levantan tempestades de admiración ni fijan un nombre en el recuerdo público.

MANUEL BUENO.

Madrid.



Fernando Diaz de Mendoza.

ESCRITORES ESPAÑOLES

— EN PARÍS —

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO



CUANTOS á las letras consagran sus desvelos en París, pueden ser agrupados en dos categorías: los que penetrando en la psicología de la raza francesa han continuado tan españoles como el primer día que llegaron á Francia, á la capital, y aquellos que se abandonaron por completo á la vida parisiense, identificándose espiritual y absolutamente con ella.

Enrique Gómez Carrillo, á quien afortunadamente no se necesita presentar al lector, pertenece sin duda al segundo grupo de esta clasificación literaria, y, á pesar de ser extranjero, posee todo el atractivo del genio francés, toda su inquietud, seducción y amenidad. El habla castellana, bella cual ninguna en las obras clásicas de elevado vuelo, tórnase ampulosa y de difícilísimo manejo cuando emplearse debe en las transcripciones espirituales de esos fugaces estados de alma que tanta importancia tienen para las personas de gran cerebriudad, y aun para las simplemente sentimentales. Porque nuestra vida está formada por una trama de sensaciones culminantes, y el resto de la existencia se nos aparece, en momentos de evocación, como una masa incolora menospreciable.

Gómez Carrillo es el *enfant de Paris*, y sus libros y crónicas nos aportan la palpitación mundial en ese estilo ameno y brillante de los franceses, por nadie superado, y que reside, como todos sabemos, en la condición misma de la raza. Como Pierre Loti, entre los franceses, Carrillo es la encarnación del escritor exótico y moderno en una de sus formas más prestigiosas, y hoy día creo que nadie puede aventajarle en esta modalidad del arte literario.



Leyendo sus crónicas, por ejemplo la publicada en *El Liberal* hace algunos días, en la que trataba del silencio, y comparándolas con las de otros periodistas, compréndese lo favorablemente que el medio puede influir en ciertos artistas de talento. Y no se crea que tal aserto supone lo que corrientemente llaman afrancesamiento ó extranjerismo, pues en todas las épocas y países la gente de pluma y demás intelectuales gustaron de reunirse en cenáculos íntimos para sacrificar en honor del dios ingenio, que, según los casos, le apellidamos buen gusto, imaginación, talento, espiritualidad.

Si París no tuviera un escritor como Gómez Carrillo, debería engendrarlo, porque sólo un hombre así puede contar-nos las inquietudes de tan hermosa y contradictoria población, en la que tantas ilusiones se abrasan. Mas como existe, á los jóvenes corresponde rendirle el tributo de su paso por la vieja Lutecia.

ANTONIO MUÑOZ PÉREZ.



SILUETAS PARISIENSES

LA REINA... DE LAS TINTAS

Como todos los años, los votos republicanos han proclamado los nombres de las reinas parisiñas.

¡Qué alegría la existente en la actualidad en una porción de familias! ¡Tener una hija que hasta ahora sólo había sido la admiración de los parientes, amigos y portero y encontrarse que va a ser mas festejada que un autobús en día de lluvia y que una porción de señores muy serios

se van a molestar con largos discursos!

Afortunadamente para ellos, la mayoría de estas muchachas que son reinas, damas de honor y coro general, son chicas modestas á las que se les subira la corona á la cabeza, pero que no por eso aparentarán, terminado que sea su reinado, que jamás supieron el precio de las patatas. No. Estas chicas, las que pertenecen a los mercados, por ejemplo, ahora se ven saludadas por el presidente del Concejo y aclamadas por las multitudes; pero el día de mañana se colocan frente á un montón de *choux* de Bruxellas y le despachan con el mismo entusiasmo que ahora ponen en pasear su realeza por los bulevares.

El cambiar de posición arrastra, a veces, á los mayores alardes de vanidad.

A lo mejor va uno por una calle, en donde no se permite detenerse porque va á pasar un ministro ó está Mayol afeitándose, y hay que ver cómo se indigna con el guardia.

— Bueno, usted me dice eso porque ignora quien soy. Sepa usted que me llamo Durand y que mi nombre ha aparecido en *Le Matin* y en *Le Petit Parisien*.

— ¿Como director?

— ¡Como rábanos! ¡Sea usted importante para esto!

Ante semejante afirmación, el guardia vacila, cree hallarse ante un alto personaje.



— Por su condición de usted, párese un ratito si quiere; pero, si está más de unos minutos, le llevo a la Comisaría, así sea usted yerno de M. Caillaux.

Individuo hay que ha sido toda su vida más infeliz que un paraguas, y porque en una ocasión sale en los periódicos por haber sido atropellado por un autobús se cree ya personaje europeo.

La aureola que se extiende en torno de la reina del Mercado, alcanza a sus alle-

luego a decirte cómo debes comportarte en sociedad.

— ¿Y él qué sabe? ¿Es contertulio del Eliseo?

— ¿Que no sabe? El señor Emilio tiene un primo que es ayuda de cámara, y no hay más que verle para comprender que si se le pone un frac... ¡riete de M. Fallières...!

Efectivamente, llega el señor Emilio, como profesor de mundología, y lo primero que hace es fijarse en una mancha negra que lleva la discípula detrás de la oreja.

— ¿Eso qué es?

— Carbón.

— Pues lo primero que hay que hacer es lavarse.

— Es que hasta el domingo no me toca.

— ¡Rediez! ¿Y quieres ser dama de honor con pintas en el cuello? Vamos a dar unas cuantas lecciones de saludo. Adelantas el pie izquierdo y te inclinas así, como si en aquel movimiento notaras los efectos de medio litro de vino. Eso es.

La familia mira embobada ante las buenas disposiciones de la muchacha y dice:

— No; la verdad es que ella siempre tuvo inclinaciones hacia la aristocracia. Sujétate esa chancla, porque al hacer una reverencia se te va a salir.

¡Oh, que dulce emoción la que producen todas estas cosas de las reinas y de su acompañamiento!

A. R. BONNAT.

gados, y durante la época de su reinado hay que cuidar los menores detalles.

— ¿Qué haces, Rosita?

— ¡Iba a fregar estos vasos.

— ¡Horror! ¿Tú te crees que has obtenido el voto de tus conciudadanos para que te entregues a tan bajos menesteres? Ahora mismo te vas a poner a bordar, mientras cantas el aria de las joyas de Fausto.

— ¿Yo? Pero, padre, si jamás he bordado. ¿No se acuerda usted que me he pasado la vida a su lado en el puesto, despachando chuletas de mouton?

— Es verdad; jamás pude sospechar que nos veríamos en esta posición, y para mí el mouton me parecía cosa digna de todos los respetos. Bueno, pues, por lo menos, haz como que bordas, por si se les ocurriera a alguno de los señores de la comisión venir a darte algunas instrucciones.

— Es triste cosa que algunos de los que tan importante papel juegan en las fiestas de la *Mi-Carême* no hayan tenido tiempo para prepararse. ¡Oh, si sus parientes lo hubieran sospechado!

— Le he dicho al señor Emilio, el guarda de la sección de cebollas, que venga



“Le Chic”

Cartas de una Parisiense
por SIMONE



MODELOS VISTOS EN LAS CARRERAS

Un rayo de sol ha bastado para hacerlas desaparecer, y creemos que será para largo. Ya se acercan las modas de primavera... pero antes viene Carnaval, rey fantástico que, como príncipe de la locura, hace valer sus derechos.

¡Qué encanto poderse dar, aunque no sea más que durante un día, la personalidad soñada! La reina será pastora y la pastora podrá creerse reina por unas horas, gracias a la fantasía.

Se aproxima el tiempo de los bailes de máscara, y uniendo mi fantasía a vuestra originalidad, quiero ofreceros en esta crónica algunos modelos, cuyo gusto, realizado por vuestra fantasía personal, queridas lectoras, os hará las reinas de las soirées a que asistáis.

Nuestra figura 1.^a representa una bailarina de la corte. Este traje, de una gran corrección, es particularmente agradable con luces artificiales en la gama de las telas «rosa nacarada». Es un traje Luis XV con lindas guirlandas y maravillosos «paniers», y conviene a las siluetas menudas y finas que, con dicho traje, recordarán a las lindas marquesitas del pasado, olvidadas, por un contraste encantador, en nuestra época de vestidos estrechos y vida agitada. Los

LAS pieles tuvieron un éxito loco durante estos días de frío intenso, pero su reinado ha sido de corta duración.

«paniers» muy huecos deberán ir adornados con guirlandas de flores rosas, muy variadas. Se obtendrá mejor efecto

con rosas naturales, y, á falta de este adorno, con las llamadas «rococo», que son muy encantadoras.

La falda debe ser bastante amplia... y, durante una noche, queridas lectoras, podréis gustar las muchas molestias de aquellos trajes que tanto encantaban a



FIG. 1

nuestras abuelas; pero no os asustéis. Este traje, de Gracias tan lindamente siglo XVIII, obtendrá gran éxito.

Como novedades, señalaré un traje extraordinariamente gracioso y original, mezcla de chino y parisiense, que se llama *mandarin*. La levita es entallada y está hecha de raso verde. El cinturón se puede hacer de damasco o de antiguos chales jaspeados y drapeado con anchos pliegues. Se completa dicho traje con un sombrero puntiagudo tisú de oro, adornados con cascabeles verdes, con los que se hará también una guirnalda hasta el borde de la levita.

La falda, plisada, será de seda azul, cuyo tono debe armonizar con todos los del disfraz y los zapatos de tisú de oro deben ser de la forma llamada «caracol».

No hay que decir que en la hechura de estos trajes se puede derrochar toda la fantasía que se quiera.

La moda del blanco y negro, que gusta aún á las parisienses, no es nueva en trajes de máscara. Sin embargo, si se saben combinar bien estos dos colores, se obtienen agradables efectos, sobre todo para los *pierrots* y *arlequines*; pero, muchas veces, tales trajes son un pretexto para hacer resaltar colores chillones, cuya excentricidad se debe tener en cuenta, pero nunca se admira.

El teatro y sus heroínas dan también abundantes temas para trajes de máscara. De las óperas y operetas se pueden sacar disfraces de *Manon* y de *Carmen* que son los que se ven menos, á pesar de su encanto y elegancia.

Las obras nuevas también nos dan algunas ideas originales y ahora se han resucitado las deliciosas modas de 1830 con sus telas variadas y sus cachemiras lisas. En las *Maravillosas*, del teatro de Variedades y particularmente en *Miguel Perrin* del Odeón, se pueden ver lindos modelos de «*paniers*», de talle muy alto y escote adornado con encajes.

En el género cómico obtendréis un éxito como *sufragistas inglesas*, con la condición, naturalmente, de que no toméis en serio el papel.





Y, ahora, jóvenes mamás, he aquí lindos modelos para vuestros querubines, porque el Carnaval debe ser, sobre todo, una fiesta alegre y riante.

Un traje muy divertido, y cuyo aspecto «terrible» contrasta gentilmente con el aspecto jovial del niño, es el de policía parisiense con su bastón blanco. El traje de oficial ruso os permitirá adornar con más ó menos oro las mangas del nene según el grado que le deis por unas cuantas horas, y hasta podréis ponerle una barba hirsuta que completar el disfraz.

Los pequeños holandeses también son recomendables. La falda, en las niñas, debe ser á cuadros marrón y blanco, y para los pies... naturalmente, zuecos. Los niños llevarán pantalón remendado y oscuro, y la chaquetilla verde. Los remiendos del pantalón deben ser variados para que el efecto sea más divertido.

Estas son, amables lectoras, algunas

ideas de trajes de máscara. Podría hablaros aún de las pelucas de colores. Pero ¿esto es disfrazable? Ahora se llevan en el teatro y en la calle, moda que no sienta bien á todas.



MODELO VISTO EN LAS CARRERAS





Ensalada

« por »

LUIS BONAFOUX



En la precipitación de las sepulturas á tantos muertos, ocurre á veces que se entierra á vivos; ejemplo: el doctor Ricardo Pazmiño, rector de la Universidad Vicente León. El caso, acaecido en Maracaibo, aunque no se sabe que Cipriano Castro ande por allí, es como sigue, según referencia de un periódico:

« Una terrible fiebre tifoidea (según el decir de médicos sapientes) tumbó en la cama al doctor Pazmiño. Dieronle, al mismo tiempo, varios ataques, y en uno de ellos quedó tieso. »

Tieso así, la familia, naturalmente, supuso que había pasado á mejor vida que la que se hace en Maracaibo, y:

— ¡Muerto!... — exclamaron á coro los médicos. Y la familia doliente procedió á los preparativos del sepelio, que debía verificarse ese mismo día, como, en efecto, se verificó. Al ser colocado el cuerpo del doctor Pazmiño en el ataúd, abrió dos veces las piernas y otras tantas le fueron cerradas por las personas que le amojataban.

Al abrir así los remos, él sabría con qué fin: la familia del doctor debió suponer que éste coleaba todavía; pero como anteriormente, ó sea al tumbarse en la cama, se le declaró tieso, « esas personas sospecharon que el fenómeno obedecía á una contracción *post mortem* y no dieron importancia al asunto »; y:

« Horas más tarde el doctor Pazmiño descansaba para siempre en la tumba de la familia. »

Contra toda la voluntad del rector de la Universidad Vicente León, el cual, Pazmiño, notando que no le hacían caso, aunque se abría de piernas lo mismo que una langosta, tomó la resolución de llamar á su señora para que le sacase de allí.

« En la noche — continúa la información, — el panteonero y vecinos de por las cercanías del cementerio oyeron gritos terribles, desconsoladores, de alguna persona que dentro del Camposanto decía: « ¡Manuela! ¡Manuela! »

Pero el panteonero se hizo el sordo.

« — ¡Que gritan los muertos? — dijo. — ¡Imposible! Yo no me molesto ahora para nada. »

Y continuó tumbado en la cama.

« Enterada del caso, la familia doliente

hizo abrir, al día siguiente, la tumba del doctor Pazmiño, á quien encontraron entonces muerto de verdad, boca abajo, con las manos despedazadas y melladuras en la cara, debido á los desesperados esfuerzos que hizo por salir y salvarse. »

Y aquí termina la historia del rector de la Universidad, Vicente León: tumbado, tieso, abriendo las piernas, contraído *post mortem* y con melladuras en la cara y llamando á Manuela.

Con la ebullición de las tropas revolucionarias en casi toda América, coincide la ebullición de las madames parisienses abonadas al browning. ¡Pam!... ¡Pam!... ¡Qué manera de tirar tienen las madames de París! Cada una de ellas lleva un cementerio en el corazón y está dispuesta á hacer una hecatombe; y ni la música de Wagner ni la filosofía de Bergson logran suavizar las costumbres de las matadoras.

Pero... no critiquemos, aunque se suele invitarme á este deporte.

« Falta un Clarín — escribe Ernesto Bark, — por muy defectuoso, parcial y miope que sea, y hay que invitar por plebiscito á Bonafoux á que vuelva á los buenos tiempos de *Aramis*, puesto que hoy se quejan los amantes de la literatura española, del extranjero y de provincias, de los constantes engaños que les da la crítica corriente. »

¡Clarín!... ¡Aramis!... ¿Quién se acuerda de eso? ¡Apenas hace tiempo que murieron!...

Mal me quiere el compañero Bark, ó quiere que no me dejen ni los rabos. ¿Y qué autoridad quiere Bark que tenga la crítica de allí, donde el señor Zozaya — que ha dado los bombos más fenomenales y tendenciosos que registra la historia bombástica — la emprende ahora con los que dan bombos, singularmente a los novelistas?

« La novela — escribe él — suele ser un batajo de obscenidades y de solecismos. Ni el autor ha visto el mundo por un agujero, ni el castellano por una rendija. Y el público lo toma muy en serio. »

Lo que tal vez no tome tan en serio el público es ese señor *hatajo*, que ahí no pega ni con cola de carpintero; y que si fuese *atajo* podría pegar como neologismo.

LUIS BONAFOUX.



El Secreto de la Momia



Por Jorge MEIRS

En efecto, han tirado contra mí... ó, mejor dicho, contra el automóvil... pues yo... no he sufrido más que unos arañazos.

— ¿Por qué le han asaltado?

— Porque, cuando quisieron bajarse, les dije que suponía que no venían de parte del señor Tharps, y como escaparan, agarré á uno, el mediano, y pedí socorro. Forcejeó y los otros, sacando sus revólvers, comenzaron á disparar.

» Di un salto al pescante, no queriendo servirle de puntería por más tiempo, y volví en tercera velocidad al sitio de donde había salido, en donde encontré á estos señores que me buscaban.

— En efecto, ¡son ellos! — exclamó el jefe de Seguridad.

— ¿Qué quiere decir todo esto?

Vuelto hacia mi amigo, parecía aguardar á que éste contestará á su pregunta. Sonó el timbre del teléfono.

Cogió el auricular que, luego de un segundo, entregó al célebre «detective».

— Don Marcelo Leclerc — dijo — me encarga que le diga que no puede volver aquí esta noche.

El señor Dumont quedóse boquiabierto. Á no dudarlo, creyó en aquel momento que se burlaba de él William Tharps.

Este continuó:

— Le da á usted las gracias por las medidas tomadas á instancia suya y se disculpa de haber tenido durante su visita que coger de sobre su mesa unas cuantas tarjetas de inspector.

El jefe de la Seguridad miró su mesa y dando un salto se abalanzó al segundo receptor.

Flemático como siempre, el «detective» inglés volvió á enganchar el suyo; había terminado la conversación.

El magistrado sacudió con rabia el

aparato, reclamando al que estaba en el teléfono:

— Pronto, pronto — gritó, — coged á la persona que acaba de preguntar por mí... Sí... sí... con urgencia... que lo detengan. Soy yo, el señor Dumont, el jefe de Seguridad... que da la orden... ¿Qué?... ¿un abonado? ¿quién es ese abonado? que corran á su casa... que lo detengan... ¿Está usted loco?... ¿dice usted?... ¿el embajador de Austria? ¿dice usted que es el embajador de Austria?... ¡Es imposible!... Es un señor Leclerc... Marcelo Leclerc... Deme usted ese número.

Respiró un momento, sofocado, encendido de furor.

— Sí, sí, eso es... El embajador de Austria... es el embaj... Sí, sí, perfectamente, soy yo... el señor Dumont, jefe de Seguridad. Acaban de telefonarme de su casa... ¿Cómo?... imposible, es una impostura... ¿uno de mis inspectores?... ¿su tarjeta? ¿Se la ha enseñado?... Es falsa, falsa, ¿lo oye? Hay que detener á aquel hombre, avise á Su Excelencia, es preciso, á todo trance... ¿Marchado? ¿Se ha marchado?... ¿en un coche de la embajada?... Pero ¡sí es falso, completamente falso, no le conozco, no he podido decirle que venga!...

Pronunció algunas palabras, dió las gracias, se excusó, enganchó, rabioso, el auricular y, volviéndose bruscamente con la cara encendida, congestionado, exclamó:

— ¿Me dirá usted, por fin, quién es ese hombre?

— ¿Leclerc?

El que se hace llamar Marcelo Leclerc, el hombre que viene aquí á robarme tarjetas de inspector selladas y rubricadas...

— Leclerc no es su nombre.

— Lo sospecho.

— Y el que podría decirle no debe ser tampoco.

— ¿Que importa? Dígalo.

— Sólo que el nombre que yo sé tiene sobre el otro la ventaja de ser conocido.

— ¿Cuál es?

— Ludovico Marmont.

Si el digno señor Dumont hubiera recibido un puñetazo en la cara no hubiese quedado más aturdido.

Creí que iba á reventar de furor. Quería hablar y no podía: por fin, haciendo un violento esfuerzo, se puso en pie.

— ¿Ludovico Marmont? ¿Está usted seguro que es Ludovico Marmont?

— Conozco su voz — contestó tranquilamente William Tharps.

Al cabo de un rato de silencio, dijo el «detective»:

— No sólo conozco su voz, sino también sus procedimientos. Ningún otro hubiese tenido la audacia de venir hasta

aquí á suplicarle le sirviese de cómplice.

— ¿De cómplice?

El señor Dumont había dado un salto.

— ¿No sabe usted para qué han servido sus agentes esta noche?

— ¿Mis agentes?

— Sí. Los que ha mandado usted para vigilar la avenida de la República.

— Yo... no sé.

— Yo, sí. Han impedido que los tres adversarios de Ludovico Marmont molestaran á éste mientras se apoderaba de la momia.

El jefe dió un grito de rabia.

— ¡Qué imbécil he sido!

— No me atrevería á desmentirle — dijo Tharps.

V

¡Y van dos!

— Me han engañado... engañado... engañado...

El señor Dumont prorrumpía en improperios.

William Tharps, siempre flemático, aguardaba que se calmara su acceso de furor.

— ¡Qué canalla! Venir aquí de parte de Beaugency...

— Es divertido—dije.

— ¡Ah!... ¿Le parece á usted, le parece á usted divertido?

Estaba rojo de rabia, y lanzábame unas miradas terribles.

Intervino el «detective».

— Precisamente, con motivo del asunto Beaugency, había yo conseguido que le prendieran. Es lamentable que lo hayan dejado escapar.

— Sí, tenerle en su poder y dejarle marchar es imperdonable.

— Pero... paréceme... que... usted mismo...

— ¡Yo! Si no sabía quién era.

— Era tan sencillo saberlo: Leclerc, Marcelo, L.-M., las iniciales de Ludovico Marmont; esta precaución para que correspondan las iniciales del sombrero, del pañuelo, de la petaca...

— Precisamente esto me ha inspirado confianza.

— Ese era su objeto. ¡Qué deliciosa ironía la recomendación de Beaugency!

— Sí, sí, todo esto es muy cierto; he sido un cándido; pero ya que está hecho el mal, tratemos de deshacerlo. Pero ¿cómo?

— Hay dos casos—dijo William Tharps:

— ó Marmont ha robado la momia, en cuyo caso no tenemos más que conformarnos, ó no ha alcanzado su objeto, y entonces una vigilancia discreta se lo entregará.

El jefe de Seguridad miró á mi amigo.

— En efecto, eso es muy sencillo; quizás demasiado sencillo.

El «detective» inglés se encogió de hombros.

— ¿Por qué demasiado sencillo?

— Porque haya ó no tenido éxito en su hazaña, no tendrá Ludovico Marmont la candidez de venir á entregarse él mismo: es decir, no volverá á la avenida de la República.

— ¿No ha venido aquí? Ha hablado privadamente con usted á una hora que no era de oficina, y no sólo ha salido sano y salvo, sino que ha puesto usted sus agentes á su disposición, con objeto de que le protegieran mientras robaba. Apostaría gustoso con usted que antes de cuarenta y ocho horas sus subordinados le habrán ayudado otra vez.

— ¡Jamás... jamás!

El magistrado recobraba la voz. Hasta entonces ignoraba los recursos de audacia y de habilidad del célebre aventurero, porque éste no se había nunca dirigido á él; pero á la sazón, que le conocía, era diferente. Tomaría el desquite.

William Sharps se levantó.

— Le deseo buena suerte — dijo, medio en serio, medio en broma.

Al día siguiente eran las doce cuando desperté. Acababa de levantarme cuando me anunciaron á William Sharps.

— ¿Sabe usted — me dijo bruscamente — que nuestra situación es más bien desagradable? Nuestros adversarios lo saben todo acerca de nosotros y nosotros sólo sabemos acerca de ellos cosas insignificantes. Estoy por afirmar que Marmont (gracias al apoyo involuntario de Dumont) tiene ya en su poder la codiciada momia, y ya no me ocuparía en este asunto, si no tuviese que proteger á Raizet primero, y luego á usted y á mí contra las represalias de los tres individuos de esta noche.

— Pero — le hice observar — ¿qué represalias quiere usted que ejerzan? Se apresurarán á repartirse los despojos de la momia sin preocuparse de nosotros.

— ¿De dónde ha sacado usted que reparten? Las precauciones de Marmont para tenerlos á raya prueban, por el contrario, que obraba solo, y nunca sospecharán que la policía ayuda á Mar-

mont; luego si ha desaparecido la momia, aquella gente se imaginará que es cosa nuestra, y seremos nosotros los que pagaremos por Marmont... á no ser que de aquí á entonces encuentre el medio de impedirles que nos hagan daño.

— Esperemos — dije.

— De todas maneras — insistió mi ami-



go — tome usted precauciones; no salga sin el revólver y vigile los alrededores de su morada.

Se lo prometí y nos citamos para la tarde, á las seis, en casa de Jacobo de Raizet.

Allí me encontraba cuando llegó el «detective».

Le dió un apretón de manos al joven, y luego de entregarme una carta, cogió del brazo á Raizet y se retiró á un ángulo á hablar con él.

La carta había sido dirigida á mi amigo á la avenida de Friedland: era de Mar-

mont. Decía que, ante la actitud de Juan Camet, se había visto obligado á separarse de éste, quien le había tomado un odio mortal — del que aseguraba no tener el menor cuidado — y seguía solo las pesquisas que hubiesen podido ser fructuosas si no hubiera tenido la prudencia de no revelar el secreto del escondite.

Por última vez, conjuraba al célebre «detective» á que abandonase la partida, advirtiéndole los riesgos que hacía correr á su joven cliente, sobre quien descargaría la rabia su hermanastro, sin contar los que él mismo corría.

— ¿Qué piensa usted de esto? — me dijo Tharps al devolverle yo la misiva.

— Que quizás tenga razón, y que... deberíamos dejar...

— ¿Está usted loco? — exclamó.

Y aprovechando el momento en que Raizet acababa de ausentarse, me dijo:

— ¿Cómo quiere usted abandonar el asunto cuando se presenta mejor?

— Si hablé en tal forma era sólo porque usted mismo esta mañana...

— Pero, desde esta mañana, todo ha variado.

— ¿Variado?

— ¿No ha leído usted? Me han traído esta misiva hace una hora y, en aquel momento — estos pocos renglones lo demuestran, — *Ludovico Marmont no había encontrado aún la manía.*

Iba á seguir cuando se abrió la puerta con estrépito. Entró un criado.

— Dispénsame, señor — dijo dirigiéndose á Tharps; — acaba de llegar un señor que quiere á la fuerza ver á usted. Dice que corre mucha prisa.

— ¿Su nombre?

Desde la antesala se oyó una voz.

— Soy Asselin; me envía el jefe.

El «detective» hizo un gesto y el criado se retiró.

Asselin era uno de los mejores sabuesos policíacos, auxiliar de William Tharps en cinco ó seis asuntos complicados, en los que triunfó el célebre «detective» inglés.

Estrechó las manos que le tendíamos y, rehusando el asiento que mi amigo le señalaba, dijo:

— Pronto, pronto, señor Tharps; tengo un automóvil abajo. Le explicaré por el camino.

Apresuradamente nos despedimos de nuestro joven cliente, ofreciendo volver para comer, si fuera posible y seguimos al inspector.

El automóvil partió en seguida.

— ¿A dónde vamos?

— Á la avenida de la República.

Di un salto. William Tharps sonrió.

— Le escuchamos, Asselin.

— Desde ayer, el jefe manda vigilar

— no sé porqué — tres inmuebles de la avenida. A las tres, me dijo que me informara por los inquilinos de aquellas casas acerca de un individuo cuyas señas medió. Si he comprendido bien, se trata de Ludovico á quien el jefe supone escondido en una de ellas.

La sonrisa del «detective» se acentuó.

— ¿Y qué más?

— Hice lo que se me ordenaba; registré por todas partes, pero sin resultado alguno.

» Había visitado casi todos los pisos, cuando se me ocurrió que quizás no era necesario buscar tan alto; entonces fui á ver á la portera del inmueble donde me hallaba y le dije que me dejase entrar en las cuevas.

» Visitamos las primeras, y no vi nada; me llevó á otro subterráneo y obtuve el mismo resultado, y ya iba á salir, cuando me pareció oír un ruido, como un quejido sordo. Miro, busco; nada. El ruido había cesado. La portera estaba más muerta que viva. Entré en las cuevas vecinas; nada se oía. Volví á la primera, seguía la queja, golpeé los muros, eran espesos. La cueva en que nos hallábamos, estaba vacía y la portera se la prestaba á varios inquilinos del último piso, pobre gente que dispone de poco sitio, para meter en ella cajones y otros objetos embarazosos de los que generalmente no se sirven. El lamento parecía salir de aquel sitio. Mandé llamar á uno de los agentes que tenía de centinela en la calle. Registramos detenidamente la cueva y, en un gran baúl, descubrimos á un individuo, doblado en tres, embrutecido, medio muerto, que la portera reconoció por ser un inquilino del sexto piso.

— ¿Cómo se llama?

— Ha alquilado bajo el nombre de Luciano Roux; pero al registrarlo no he encontrado papel alguno con tal nombre. Además, se niega á contestar á cuantas preguntas se le hace. Inmediatamente di cuenta de mi hallazgo al jefe, quien me mandó buscar á usted. En su casa, me dieron las señas del señor de Raizet.

— ¿Qué más?

— Hasta que fui á buscarle, nada más. El señor Dumont no quería hacer nada antes de ver á usted. Nos espera en la avenida de la República.

— Este hombre es excesivo en todo. No creo que esta vez, deje que se le escape de entre las manos.

Como no pareciera Asselin entender la alusión, Tharps no insistió y habló de otra cosa.

(Se continuará)

Jorge MEIRS

Traducido por el Sr. GUERRERO.



CHARLA CIENTÍFICA

Cómo se filtra la sangre. Peligros de la telegrafía sin alambres. — El cáncer y el radio.

Los doctores Abel, Rowntree y Turner, de la *John Hopkins University*, de Baltimore, acaban de descubrir un procedimiento que permitirá separar de la sangre los principios químicos nocivos que pudieran encontrarse en ella. El sistema es sencillísimo: emplean un filtro por el cual pasa el fluido sanguíneo dejando á través de la finísima membrana los principios susceptibles de **atravesar** las capas de celoidina que forman las bujías de este filtro singular.

Las experiencias, hasta ahora, se han realizado *in anima vili*, y los resultados han sido maravillosos.

Para ejecutar la operación, se introduce la cánula *A* en una arteria, después de haber llenado el filtro con una solución de agua salada análoga al suero sanguíneo. Introdúcese luego la cánula *B* en una vena. La sangre penetra en el filtro empujando la solución salina, que penetra en el organismo, y una vez desalojada del filtro, llénase éste de sangre, que circula á través de los tubos de celoidina antes de volver al organismo por la vena.



El filtro está sumergido en una solución salina á 37° y la sangre que por el tubo *C* una disolución de hirudina para cortar la coagulación sanguínea.

A su reingreso en el organismo, la sangre está purificada, pues el

filtro ha desempeñado el papel de un riñón enorme, por el cual se han eliminado infinidad de substancias proteicas. En una palabra, se trata de un verdadero lavado del fluido.

Hasta ahora no ha habido accidente alguno. Los animales han soportado la operación casi sin advertirlo, pues la respiración y el pulso se han mantenido normales.

Inútil es decir las enormes consecuencias que este procedimiento puede tener para el tratamiento de las enfermedades infecciosas, reumatismos, etc., y en todas aquellas en que la permeabilidad renal esté comprometida.

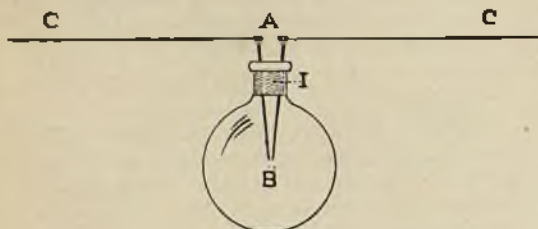
M. Frank Duroquier, da en *La Nature* la señal de alarma á propósito de las ondas hertzianas. Se las creía inofensivas, y he aquí que, según parece, han determinado espantosas catástrofes. Así, por ejemplo, el Sr. Duroquier había advertido que sus instrumentos de telegrafía sin alambre se le estropeaban en cuanto telegrafaban á un mismo tiempo las estaciones de París y Rochefort. Tuvo entonces la curiosidad de determinar á qué distancia se encontraba de ambas estaciones y vió que se hallaba, precisamente, á igual distancia de las dos; es decir, en el punto en que las ondas de ambos puestos se cruzaban ó interferenciaban. Entonces prosiguió su estudio, y vió con sorpresa que Tolón, en cuya rada estallan los acorazados de una manera tan misteriosa, se encuentra precisamente, á mitad de camino entre las estaciones radiotelegráficas de París y Bicerta.

Tales coincidencias le animaron á establecer relación de distancias y de accidentes, y encontró, por ejemplo, que el sitio en que se incendió el *Vulturno* está, precisamente, á mitad de camino entre París y Glace Bay, una de las estaciones radiotelegráficas más importantes.

Así, pues, es preciso desconfiar de las ondas hertzianas, sobre todo allí donde se cruzan con otras. Ahora bien, para que puedan hacer daño es preciso que encuentren en su camino *resonadores*, es decir, elementos en los cuales determinar

corrientes inducidas capaces de hacer saltar la chispa eléctrica incendiaria. Unas cadenas de hierro que estén en la cala de carbón, unos obuses muy próximos unos á otros en la Santa Bárbara, y la chispa destructora puede estallar á influjo, tal vez, de un mensaje de paz que en aquel momento pasa por la atmósfera.

Para demostrar la posibilidad de estos terribles accidentes, basta llenar una ampolla de vidrio con una mezcla gaseosa detonante, y colocar en el tapón que le



cierre dos agujas de acero cuyas puntas se hallen muy próximas entre sí y que penetren en el interior de la ampolla en la forma indicada en la figura.

Si ponemos un alambre á cada una de estas agujas y los dejamos caer á tierra en la vecindad de un puesto de radiotelegrafía, ó durante una tempestad, no tardaremos en ver saltar una chispa entre los extremos inferiores de las agujas, y la ampolla saltará en mil pedazos á impulsos del estallido de la mezcla detonante.

Véase, pues, cómo las ondas hertzianas á las cuales debe la humanidad tan señalados beneficios, pueden, al propio tiempo, ser origen de terribles catástrofes. Es el eterno reverso de la medalla. Los rayos X son admirables para el diagnóstico, pero al lado de tan admirable cualidad, presentan el inconveniente de producir quemaduras horribles y hasta de estimular el desarrollo del cáncer.

Decididamente, la charla de hoy va á tratar de asuntos médicos, porque nos salta á los puntos de la pluma el tema del cáncer y del radio.

Hace unos días un millonario yanqui compró quinientos mil francos de radio (menos de medio gramo), y se lo hizo aplicar en un cáncer que padecía. Los tubitos que encerraban la preciosa substancia le fueron introducidos en la masa cancerosa, mas á pesar de ello ha muerto. ¿Es que se le aplicó tarde? ¿Es que el radio no ejerce una acción eficaz sobre los tumores cancerosos? Hace falta mucho tiempo aún para saber la verdad. Dicen varios doctores que las emanaciones del radio curan el cáncer, y aducen en pro de su afirmación numerosos datos estadísticos. Realmente la terapéutica del cáncer está muy adelantada pero aún no se ha encontrado el remedio específico. ¿Se le encontrará? Sin duda, pero no hemos llegado á ello todavía.

HERMES.



el gran mundo



Se ha celebrado en Burdeos el enlace de la señorita Cecilia de Santa Coloma, hija del señor Alberto de Santa Coloma, antiguo cónsul de la República Argentina, con el joven don Roberto Ferrière.

M. Charles Gruet, alcalde de Burdeos, amigo de ambas familias, había procedido la víspera á las formalidades del matrimonio civil. Los testigos de la novia fueron los señores Carlos de Santa Coloma, su hermano y Andrés Dubos, su primo; los del novio: MM. Paul Ferrière, su hermano, y Julio Chanteaille.

♦♦♦♦♦

En Montevideo se han efectuado recientemente los siguientes enlaces: señorita María Celia González con don Domingo Montovani, Srta. María Antonia Olaveri con don Eduardo Díaz Falp, Srta. María Josefina Martínez Lauz con don Alberto Herrera Thode.

♦♦♦♦♦

El insigne escritor Sr. Larreta, ministro en París de la República Argentina, ha ofrecido, en su hotel de la calle de la Faisanderie, un almuerzo en honor de su compatriota el ilustre literato don Leopoldo Lugones.

El acto fué digno del anfitrión. El espléndido comedor del palacio del Sr. Larreta estaba preciosamente decorado y el servicio fué admirable. A los postres leyó el Sr. Lugones una admirable balada en elogio del Sr. Larreta, quien contestó con elocuentes y discretas frases.

Entre los invitados reconocimos á los señores: Anglada, Araoz-Alfaro, Pedro Baudin, Jacques-Emile, Blanche, Vicente Blasco Ibáñez, Luis Bonafoux, Abel Bonnard, Ernesto de La Cárcova, Francis Chevassu, M. Chinchilla, d'Awray, Francisco García Calderón, Eugenia Garzón, Garchunoff, Enrique Gómez Carrill, coronel Lugones, Levilier, Victor Margueritte, Ernest Martinenche, Eugène Montfort, Muñoz Escámez, O. Ojeda, general Reynolds, Henri Roujon, L. Sabores, Alfred Valette, profesor Vidal, Carlos E. Zavallia etc.

♦♦♦♦♦

Asociación hispano-americana. -- Esta importante Asociación celebró la asamblea general ordinaria el día 25 de enero pasado bajo la presidencia de don Francisco Cobos.

Después de la lectura del acta, aprobada por unanimidad, el presidente señor Cobos, en un elocuente y patriótico discurso, dió cuenta de la gran impor-

tancia que ha tomado la Asociación, de los valiosos elementos que se han adherido y de la constitución de la Junta consultiva.

El secretario general, don Joaquín de Rueda, leyó á continuación la brillante memoria del año 1913 en la que dió cuenta de los trabajos realizados en bien de la Asociación y de haberse saldado el balance de fin de año con superavit.

Se acordó un expresivo voto de gracias á los importantes periódicos *Revista Gráfica, Le Courier de l'Argentine y Espagne* por haber publicado con patriótico desinterés las noticias concernientes á la Asociación.

La Junta directiva quedó constituida en la siguiente forma: presidente. Dr. don Francisco Cobos; vice-presidentes: don Federico Morcillo y don Francisco Durán; secretario general, don Joaquín de Rueda; vice-secretario, don Pedro Martínez; tesorero, don José Lorda Franco; vice-tesorero, don Felipe Alaiz; contador, don Jesús Oñate; vocales: don Emilio Cuevas, don Ramón Medina, don E. Paul Almarza y don L. Díaz.

Felicitamos á dicha Asociación por el brillante éxito de sus trabajos en el pasado ejercicio de 1913.

♦♦♦♦♦

El Comité «France-América» ha dado hace noches una gran cena en honor de Chile, que ha sido una notable manifestación de simpatía franco-chilena. La cena fué presidida por M. Paul Deschanel, de la Academia francesa, presidente de la Cámara de diputados. M. Desprez, antiguo ministro plenipotenciario de Francia en Chile, en un discurso muy vivo y muy documentado, ha dado sus impresiones sobre la vida política de este Estado. Después de él, M. Sauvage-Jourdan, profesor de la Universidad de Burdeos, que acaba de dar un curso en la Universidad de Santiago de Chile, ha expuesto la vida intelectual y social de este país. M. Paul Deschanel tomó después la palabra y mostró todo el interés que Francia debe dar al desarrollo de las relaciones intelectuales y económicas con el pueblo chileno, cuya cultura ha alahado.

A esta reunión asistió un elegante público, entre el que se vió muchas damas de la alta sociedad chilena y de la sociedad francesa.

♦ ♦ ♦

Los Hispano-Americanos en París



ELYSÉE PALACE HOTEL (Champs Elysées)

Han llegado:

Sr. Jaime Cintra, de Sao Paulo; señor Sergio M. Pinero y familia, de Buenos Aires; Sra. Adriana O. de Pinero y familia; Sr. de Lizardi, de México; señor Manuel A. Mayo, de Madrid; Sres. Ricardo Aldan y Camilo Aldao, de Buenos Aires; Sr. R. Fernández de Villota, de Madrid; Sres. Joaquín Codorniu y Bosch y Dr. Dámaso de Salvatierra, de Madrid; señor Jacques Cintra y señora, de Sao Paulo (Brasil).

HOTEL REGINA

Han llegado:

Doctor Misiones y familia, Dra. Robertson y familia, Sr. D. Miguel Etchenique y familia, Dr. Rodríguez Sarachaga y familia, Sres. D. Enrique Moss, Pedro García, Rafael Cobo y familia, R. García Arias, Francisco Fortes, Luis Casanova y Sr. Pizarro, de Buenos Aires

HOTEL WAGRAM Rue Rivoli

Han llegado:

Señora Iturraspe, de Buenos Aires; Sr. Dr. Lucas Palacio, Sr. Secretario de la Embajada de México y familia, Sr. J. Reina y señora, de Buenos Aires.

HOTEL ASTORIA Avenue des Champs-Elysées

Han llegado:

Señor C. Torres Elicechea, de Bogotá; Sra. M. O. de Escalante y familia y general Porfirio Díaz y señora, de México; Sr. Ernesto Infray, de Santiago de Chile.

Han salido:

Señor Hernán Errazurriz y señora, para Valparaíso; Sr. L. Gil Llopard, para Barcelona.

CARLTON HOTEL (Champs Elysées)

Han llegado:

Señor Dr. Méndez; Sres. D. G. Pellegrini, S. Devescovo, de Sampaio y E. Crespo.

Han salido:

Señora E. Francés y Sres. R. Paz y R. Pradere.

HOTEL RÍTZ Place Vendôme

Han llegado:

Señora Alocar y señora Casares.

HOTEL CAMPBELL

Han llegado:

Señor Whitehead y Sra. L. Nus-Beas, de Londres.

HOTEL DE CRILLON

Han llegado:

Señor A. Alfou, Sr. Gracia Gárraga, Sr. G. Martínez y señora y Sr. Conde de Villamayor, de Madrid; Sr. Fernández Mareña y señora, del Brasil; señor A. Vidal y señora y Sr. Leopoldo Melo, de Buenos Aires.

HOTEL BRIGHTON Jardin des Tuileries

Han llegado:

Señora marquesa de Casa-Torres, de Madrid; señor Juan Gutiérrez y señora, Sr. José P. O. Otero y señora, de Buenos Aires.

HOTEL WAGRAM

Han llegado:

Señoras Terán de Condé, Sr. Pablo Turull, Señora Linares Rivas y Sr. Monés de Solar, de Barcelona; vizconde de Faria, de Lausanne; Sr. Luis de Oliveira y señora, Sita Victoria Aguirre, Sr. Pablo Quiroga y señora, Sr. Carlos Dose é hijo, Sr. Carlos Peralta Alvear, Sr. Alfredo Zemborain y señora y Sr. Abelario Casas, de Buenos Aires; Sr. de Brito Macicira, señor E. Ramiron de Reis, de Lisboa; Sr. Enrique Traumann, Sr. Francisco Morales y señor conde de Cartagena, de Madrid.

HOTEL PLAZA

Han llegado:

Señora Campos, y Sritas. de la Torre y Villate Cano, de Buenos Aires.

HOTEL DU LOUVRE

Han llegado:

Señora y Srta. de Lisowsky y Sra. y Sita de Correa, de Buenos Aires; Sr. Fernando Irarrazabal y presbitero Sr. Restale, de Santiago de Chile; señor Vega de Seoane y señora, de Madrid.

HOTEL LOTTI

Han llegado:

Señor príncipe de Furnari de Villarroza; señora C. Hope, J. Duggan y Miss Duggan, J. Nelson y familia, de Buenos Aires; Sr. Stan y señora.

CUENTOS DEL OTRO JUEVES

Un caballero muy respetable fué mordido por un perrito faldero que llevaba una señora.

— ¡Caramba, señora, podía usted tener más cuidado con su perro! Acaba de mordirme.

— ¡Pobre animalito! Es la primera vez que le ocurre.

— Pues debería usted corregirle...

— ¿Qué quiere usted que le haga? Otro día le morderá usted á él y quedarán en paz.

En una ermita de las cercanías de Lisboa se venera un San Sebastián acribillado de flechas de plata maciza.

Unos estudiantes que por allí pasaban, aprovechando la ausencia del ermitaño, se llevaron las flechas, dejando á los pies de la imagen un rótulo, en el que se leía: « ¡Basta de sufrimientos! »



EN CASA DEL DOMADOR

— Este es César, muerto por mi suegra en 1912.

— ¿Con rifle?

— Cállate, no señor. El pobre animal la devoró y murió á consecuencia del envenenamiento.

Una gitana va á casa de un abogado.

— Digástelo, señor abogado, ¿es que vástelo á poné pronto en la calle á mi marido?

— Creo que no tardará en ser puesto en libertad; pero necesito seis pesetas para papel sellado.

— ¡Seis pesetas pa paper? ¿Vástelo á jacer arguna corueta?

Un forastero elegante pregunta á un transeunte en Madrid:



— ¡Estos diez céntimos son falsos!

— ¿Y la copa que me he bebido, va usted á decirme que es de vino auténtico?

— Usted perdone: ¿voy bien para la Puerta del Sol?

El transeunte se echa un poco hacia atrás, y después de examinarlo de pies á cabeza:

— ¡Ya lo creo! Mire usted cómo voy vestido yo y también voy allá.

Gedeón instruye á su hijo:

— Dime, papá, ¿es verdad lo que me han dicho de que los colores de las banderas son emblemas?

— Sí; todos los colores tienen un significado.

— Entonces, los de la bandera francesa, ¿qué representan?

— La bandera francesa tiene tres colores: rojo, blanco y azul. Pues bien: el rojo representa la guerra, el valor, la sangre; el blanco, la paz, la pureza, y el azul... si fuera verde, esperanza.



Le felicito, amigo mío, me han dicho que produce usted mucho azúcar.

— ¿Yo? ¡Pero si no tengo negocio alguno de ese género! ¿Quién se lo ha dicho á usted?

— ¡Su médico!

Una señora va á la compra y examina una cesta de besugos, y después de pasarles revista se decide por no comprar; pero la pescadera la llama:

— Diga usted, señora, ¿no le parecen frescos?
— Sí; pero no me dicen ni fu ni fa.
— ¡Ah! Pero ¿es que se ha figurado usted que á dos francos el kilo le voy á dar un profesor de idiomas?

Un niño le dice á un caballero que está de visita:

— Cada vez que me como una cucharada de aceite de hígado de bacalao, mamá me da diez céntimos.

— ¡Caramba! ¿Y qué haces con el dinero que reúnes así?

— Pues me compran otra botella...

Un albañil se cae desde un cuarto piso y, mi lagrasamente, sale ileso, pero desmayado á causa de la impresión que el accidente le ha producido.

Sus compañeros se precipitan en su auxilio y le acercan á los labios un vaso de agua. El albañil abre los ojos, y, rechazando con indignación el vaso, dice:

— ¿Se puede saber desde dónde hay que caerse aquí para que le den á uno vino?

Un ciclista que baja una cuesta á toda velocidad, tropieza con una piedra y sale por el guía de la bicicleta, produciéndose numerosos contusiones.

Un peón caminero acude en su socorro y le pregunta:

— ¿Es la primera vez que monta usted?

— ¡Qué! ¿Es la última!

Los gitanos creen que cuando un enfermo pierde el conocimiento es que se muere.

Un gitano, enfermo á consecuencia de un ataque de alcoholismo agudo, lleva dos días en cama, recibiendo la visita de sus vecinos, que entran á preguntar al enfermo si les conoce.

Como éste no contesta, salen compungidos y su mujer está hecha un mar de lágrimas.

Entonces, al entrar en la casa el señor Cirilo, gran amigo del gitano enfermo, la mujer le dice:

— ¡Por Dios, zeñó Cirilo. ¡Entrusté, á ver si le conoce así!

El señor Cirilo entra.

— Vamo á ver, Jozé: ¿me conoces?

José, el enfermo, no contesta. El señor Cirilo se retira y pasa á la habitación contigua, donde está la esposa rodeada de vecinos.

Pero de pronto el enfermo llama:

— ¡Paloma!... ¡Paloma!

Entra la mujer con un rayo de esperanza en los ojos.

— ¿Qué quierez, Jozé?

— Oye... ¿estamo en carnaxá? Todos me preguntan: «¿Me conoces? ¿Me conoces?...»

Cuento baturreo.

— Oye, Nicasio, ¿te casarias tú con la hija del procurador?

— ¿Cuál? ¿Aquella tan maja que viene á pasar los veranos?

— Sí; ¿te casarias?

— Ya lo creo, maño: mañana mismo.

— Pero ¿sabes que es manca?

— ¡Y aunque nó lo fuera! ¡Contra!

CHARADA DIALOGADA

— He desistido de hacer la corte á Aurora.

— ¡Primera!

— ¿Sabes lo que me ha dicho?

— ¡Segunda!

— Me ha llamado todo.

— Pues no hagas primera tercera.

Observaciones:

Á la generalidad de las personas que de improviso se les pregunte: «¿Quién mató á Caín?», contestan sin vacilar: «¡Abel!»

En cuanto se le entrega á un amigo una caja de cerillas, lo primero que hace es agitarla antes de abrirla.



El Whisky hace daño porque se llama Whisky. Si en vez de llamarse eso se llamase... pongo por caso, manzanilla, díganme ustedes si con doce copas de manzanilla estaría yo como estoy!

ACTUALIDADES DEPORTIVAS



Los deportistas de invierno "en Chamonía hacen un marcial desfile sobre "los campos cubiertos de nieve.



Los "skis", patines, etc., siguen a la orden del día. El invierno sólo es triste para los pobres...



UN SHOOT

En Lille se ha disputado el oncenno "match" entre los equipos de Bélgica y Francia. El "team" francés ganó por 4 contra 3.



UN "MATCH" SENSACIONAL

Los jueces de "match" se reúnen todos los años para jugar sin tener en cuenta las reglas deportivas que tanto recomiendan á los demás.



En la Torre Eiffel se ha hecho una estupenda experiencia con un nuevo paracaídas. El resultado satisfactorio permite abrigar las mayores esperanzas.

El nuevo aeroplano inventado por M. Paul Schmitt y que, pilotado por el aviador Garaix, ha hecho concluyentes pruebas de altura con cuatro, cinco y seis personas.



Un "match" de "Football" disputado entre el patronato Olier y la Juventud Atlética de Montrouge. Ganó el primero.



Jean Bonin, el famoso corredor á pie que acaba de ser condecorado por la Academia de Sports.



Las carreras á pie del "Criterio del Comité de Paris", en Viroflay. Ganó Bouvicini.



PÉKING-KONSGZE

Cuidado de los pies per

PEDICURO CHINO

procedimiento desconocido en Europa

MANICURAS

Télep. Louvre 17-54

15, rue de la Paix
ARGESOR

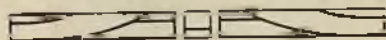


LOS GRANDES HOMBRES

Victor Hugo



CASA EDITORIAL HISPANO-AMERICANA-PARIS



— Casa Editorial —
Hispano - Americana

222, boulevard St-Germain, 222

PARIS

Los Grandes Hombres

Precio de cada tomo . . . 2.50

